

BUENAVENTURA CAVIGLIA (hijo)

LA ETIMOLOGÍA DEL NOMBRE

MONTEVIDEO

**PISTAS Y SUGESTIONES PARA RASTREARLA
EN UN PRIMITIVO**

ᑭᐃᑦ. ᖃ. ᑎᑦ

MONTEVIDEO

Imp. "El Siglo Ilustrado"

San José, 938

1925

BUENAVENTURA CAVIGLIA (hijo)

LA ETIMOLOGÍA DEL NOMBRE

MONTEVIDEO

**PISTAS Y SUGESTIONES PARA RASTREARLA
EN UN PRIMITIVO**

ᑭᐃᑭᑦ. ᖃ. ᑯᑦ

MONTEVIDEO

Imp. "El Siglo Ilustrado"

San José, 938

1925

**De este folleto, que no ha sido
puesto a la venta, se han impreso
cincuenta ejemplares numerados,
en papel del Japón, que llevan la
firma autógrafa del autor.**

A LA
MVY FIEL Y RECONQVISTADORA
BENEMÉRITA DE LA PATRIA
CIVDAD DE SAN PHELIPE Y SANTIAGO
DE
MONTEVIDEO

ETIMOLOGÍA DE LA VOZ «MONTEVIDEO»

VERSIÓN TAQUIGRÁFICA DE LA CONFERENCIA
DADA POR EL AUTOR EL 1.º DE MARZO DE 1925 (1)

Cum grano salis.

I

El pretexto de esta reunión, que hubo de verificarse en casa del doctor Daniel García Acevedo, era el de entregarles, para que llegara al Instituto Histórico, la fotografía de al-

(1) La versión taquigráfica que se me entregó en el momento de partir para Europa en el “Massilia”, ha sido retocada en parte, en cuanto a la forma, deficientísima todavía. Agrego algunas notas para las cuales he debido recurrir a apuntes muchas veces ilegibles. Después de haber abandonado el tema durante un año y luchar a bordo con la falta de textos y fechas, que hubiera querido citar, la memoria puede haberme flaqueado *muchas veces*, y pido que se siga considerando mi trabajo como improvisado y especialmente *como hijo de la fantasía*. Nunca pretendí hacer obra histórica (ni “por mi ánima lo juro”, caricatura de la historia), y de haber sido más versado en ciertas materias, o de profundizarlas apenas, hubiera con seguridad optado por callar. Válganme ante los doctos—si me leen,—y de resguardo para más graves azotainas, los minutos de indignado regocijo que esta “mascarada”, con su nuevo caso de locura de las etimologías, les proporcione. Séame lícito a este propósito, apropiarme las últimas palabras de aquel “*Memorial que dejó al Rey, Magallanes*”: “Esto digo con sana conciencia, non teniendo respeto a otra cosa si non a decir verdad y porque tiempo vendra en que sea necesario y excusara diferencias. ”

gunas páginas del Diario de Francisco Albo (1520), relativas a la permanencia de la expedición de Magallanes en nuestras aguas. Es innecesario recordar que en ellas se encuentra, por primera vez anotado, el vocablo “Monte vidi”, atribuído a nuestro Cerro, el que transformado después, hasta llegar al actual “Montevideo”, alcanzó a designar su puerto y territorio y quedó finalmente monopolizado por la ciudad.

Aunque esta fotografía no aportara nada nuevo al problema de la etimología de la voz “Montevideo”, tiene, sin embargo, la ventaja de hacer accesible a todos el manuscrito, y de precisar, en la ortografía y lenguaje originales, cuál es el texto auténtico o cuál se aproxima más a él, de entre los publicados. [A mi parecer el de Navarrete (Tomo IV, pág. 211, “De los descubrimientos que hicieron, etc.”, Madrid, 1837), a pesar de algunas interpolaciones que visiblemente le pertenecen y en nada perjudican].

Si ese fué el pretexto, el objeto fué anticiparme a señalar la “posibilidad” de percibir, en el mismo manuscrito de Albo, una notación, hasta hoy inadvertida, de la palabra “vidi”. Inadvertida hasta por los actuales copistas del Archivo de Indias de Sevilla, al acompañarme un ejemplar dactilográfico, pero no autenticado, del Diario completo. De no ser simple fruto de mi buen deseo, esta notación confirmaría la necesidad de insistir, para el origen del nombre “Montevideo”, en los nuevos caminos que, con mucha imaginación y poca ciencia, tuve la audacia de anunciar hace algún tiempo y hoy, por primera vez, aunque en forma muy sucinta, expondré.

II

Todo trabajo de la índole del que yo hubiera querido publicar sobre esta materia, debiera ser precedido de la transcripción casi íntegra del notable artículo del doctor Daniel García Acevedo (Tomo VII, págs. 265 y siguientes de la

“Revista Histórica del Uruguay”). En él se enumeran las metamorfosis sucesivas del originario “Monte vidi”, pasando por las en apariencia extravagantes de “*Monte Seredo, Seride o Serede*”, aplicadas también al Cerro. Debo a ese artículo una enorme economía de esfuerzo, como a su autor, por la simpatía intelectual que me ha prodigado, y de discípulo a maestro, toda mi gratitud.

No pasaré adelante (más que pensando en ustedes, ya versados en el asunto y conocedores del libro a que voy a referirme, y en quienes lean esta versión taquigráfica), sin recomendar la lectura del “Montem Video” del doctor Carlos Travieso, quien con una galanura de estilo, ausente con seguridad de esta “conferencia”, resume los antecedentes de la cuestión y evita la lectura, siempre difícil, de textos escasos, cuando no agotados.

Dense, por lo tanto, por citados de una vez por todas, los nombres de Daniel García Acevedo y Carlos Travieso. añádase, por supuesto, el de Paul Groussac, ya que no puede hablarse de una obra que él no haya mencionado antes, sin olvidar a don J. Toribio Medina, manantial inagotable de información bibliográfica. Yo no traigo, salvo la *supuesta* notación del manuscrito, ningún documento nuevo, sino una interpretación distinta, eso sí, en algunos casos radicalmente distinta.

III

Leamos, como cabeza de proceso, el texto del Diario de Albo, en la transcripción del Archivo de Indias a que me he referido: (2)

——“ Martes 10. del dicho tome el Sol en 75.gos tenia de
“ declinacion 20.gos vino a ser nuestra altura 35.gos y esta-
“ vamos en derecho del Cabo de Santa Maria de alli adelan-
“ te corre la costa leste Oeste i la tierra es arenosa y en
“ derecho del cabo ai una montaña hecha como un sombrero

(2) He cotejado la copia teniendo a la vista la fotografía del manuscrito, al cual deberá, a pesar de ello, recurrirse siempre.

“ al cual le pusimos nombre Monte vidi (corrutamente llama-
“ man aora Santo vidio) i en medio del i del cabo Santa
“ Maria ai un Rio que se llama Rio de los patos i por alli
“ adelante fuimos todavia por agua dulce i la costa corre
“ Lessueste Oes-Noroeste 10. leguas de camino despues co-
“ rre Nordeste Sudueste hasta 34.gos $1\frac{1}{3}$ enfondo de 5. y 4.
“ y 3. braças i alli surgimos i embiamos al Navio San Tiago
“ de longo de costa por ver si avia pasage, i el Rio esta
“ 33.gos $1\frac{1}{2}$ al Nordeste i alli hallaron unas Isletas i la boca
“ de un Rio mui grande (era el Rio de Solis) eiva al Norte
“ i assi tomaron la buelta de las naos i el dicho navio estuvo
“ lexos de nosotros obra de 25. leguas i estuvieron en venir
“ 15, dias i en este tiempo ivamos otras dos naos a la parte
“ del Sur a ver si avia pasage para pasar i ellos fueron en
“ espacio de dos dias i alli fue el Capitan general i halla-
“ ron tierra al Susudueste lexos de nosotros 20. leguas i
“ estuvieron en venir 4 dias en viniendo tomamos agua
“ i leña i fuimonos de alli boltando de un bordo i otro
“ con vientos contrarios hasta que venimos en vista de
“ Monte vidi i esto fue a 2. dias del mes de febrero dia de
“ Nuestra Señora de la Candelaria i à la noche surgimos à
“ 5. leguas del monte y nos quedava al Sueste 4^a. del Leste
“ i despues a la mañana a 3, del dicho nos hizimos a la vela
“ la vuelta del Sur i sondamos i hallamos 4 braças y 5. y 6,
“ y 7. creciendo todavia y este dia tomamos el Sol en 68.gos
“ 30.mos itenia de declinacion 13.gos 35.mos y vino a ser
“ nuestra altura 35.gos.

——“ Sabado 4. del dicho mes de febrero surgimos en
“ fondo de 7. braças por tomar un agua a la nao San Anto-
“ nio, i estuvimos hasta los 5. del dicho idespues nos levamos
“ a 6. y fuimos La vuelta del Sur ia la noche surgimos en-
“ fondo de 8 braças i estuvimos hasta otro día.

——“ A los 7. del dicho nos hizimos a la vela por recono-
“ cer mejor la tierra ivimos que salia al Sur 4^a. del Sueste
“ despues tomamos otro bordo i surgimos en 8 braças, i alli
“ tomamos el Sol en 66.gos 30.mos i tenía de declinacion
“ 12.gos 15.mos con lo qual vino a ser nuestro apartamiento
“ de la linea Equinocial para la vanda del Sur 35.gos $3\frac{1}{4}$,

“ despues hizimonos a la vela eldicho dia i a la noche surgi-
“ mos en fondo de 9 braças i levamos la punta de Santan-
“ ton (escabo blanco) estava al Sur en 36.gos i esto fue mar-
“ tes 7 del mes.

——“ A los 8 del dicho hizimonos a la vela de la dicha
“ punta iesta Norte Sur con Montevidi lexos del 27. leg. i
“ esta costa corre Norte Sur (la anchura del Rio de la Pla-
“ ta Son estas 27. leguas). Por alli adelante fuimos por cos-
“ ta la buelta del Cabo de Santa Polonia édespues tira la
“ costa Nordeste Sudueste, Esta el dicho Cabo en 37.gos i la
“ tierra es arenosa i mui baja mas tiene a dos leguas de tie-
“ rra de longo de costa fondo de 8, y 9, y 10 braças i assi
“ corrimos todo este dia al Sudueste i la noche i el dia. ”

(Dejo para mejor oportunidad todo comentario, advir-
tiendo, de paso, que nadie, *a mi entender*, señaló todavía, la
necesidad de rectificar los rumbos de la aguja, cuando se
quiere precisar la ruta seguida, dentro de la tal vez algún
día científicamente comprobable variación magnética de 1520).

Que el error aritmético de cinco minutos en el cálculo de
una latitud puede robustecer la *creencia* de que el manuscri-
to, tal como lo conocemos, es obra de un copista poco escru-
puloso, y cabe apenas repetir, como este “Diario de Al-
bo”, en las páginas transcriptas y en mayor grado en otros
pasajes, no es propiamente, sino el extracto de otro anterior
que pudo tener el carácter de rigurosamente cotidiano. Esto
nos hace esperar que algún día puedan aparecer, con los ori-
ginales, las pruebas definitivas que perseguimos. (Así como
abrigo el convencimiento de que podrá encontrarse tódavía
el diario primitivo y no extractado de Pigafetta, o alguna
mención del Cerro en los mapas detallados de nuestra costa
que él *debió levantar*).

IV

Antes de llegar a lo que llamaremos “mis pistas nuevas”,
conviene resumir las hipótesis ya conocidas sobre la etimolo-
gía de “Montevideo”. Tendremos así la ventaja de que us-
tedes encuentren algo bueno en mis palabras o algún absur-

do a las de los demás, capaz de disimular los míos. Algunas de estas hipótesis arrojan, sobre todo, una luz singular sobre mis devaneos y constituyen en ciertos casos presunciones a su favor.

V

“*Monte-vidé-eu: Montem Video*”. Es la más conocida: El señor Horacio Arredondo, que me honra con su presencia, me indicó que, por primera vez a su noticia, aparece vinculada a la leyenda del vigía, en Juan Manuel de la Sota (año 1855), (sin perjuicio de haber circulado oralmente mucho antes). Debe, sin embargo, excluirse que se trata de una tradición transmitida desde 1520: nació con seguridad mucho más tarde, ya fijado casi el nombre en su forma actual.

Aunque generalmente desechada, ha sido recogida, con el afecto a que la hace acreedora la belleza de su símbolo, por el doctor Carlos Travieso, quien supone que el grito legendario fué pronunciado en latín: “*Montem Video*”, y no en portugués ni en castellano. (3)

(3) ¿Por qué no estudió la posible forma italiana “*Monte vidió*”? El “*vidió*” con la segunda *í* acentuada, lo encontramos en el mapa de Juan Ramón (1683) del Archivo General de Indias, obteniéndose así una pronunciación italiana correctísima. (!)

Sin la cita humorística, naturalmente, sostuvo esta tesis, hace ya treinta años, el entonces estudiante de preparatorios doctor Luis C. Caviglia, en un ataque benigno de “*monsvidéanitis*” (saco el calificativo del usado para el “*Seminarium Monsvidéanum*”).

... Ni falta una versión francesa, que bien merece los honores de la nota, puesto que hay quien la incorpore a mis... treinta y seis pistas... (de las cuales un colega del anterior dice que yo las creo ciertas todas ¡*simultáneamente!*):

...“*Alors... et pour ne pas rater sa legende, quand Magellan qu’ hablab el français aussi bien qu’ moi... ou plutôt qu’ vous, comprit qu’on arrivait, se dió ¡lá! un golph en la frent et cria a un petit mousse... ¡un grumet quoi!; Grouille toi fiston! ¡grimpe a un “mastil”! ¡¡Monte-vite-et-haut!!...*”

Dios haya perdonado y tenga en su gloria al sieur Luis de Montegú, su editor responsable, que yo ya tengo bastante con mis

El doctor Travieso mismo, después de impreso su trabajo, hizo conocer, con su lealtad característica, que Alejandro Dumas, en su “Montevideo o una Nueva Troya”, había sostenido una tesis semejante. Pero el mérito de nuestro ilustrado compatriota en nada se perjudica, por cuanto, más que en la novedad del supuesto, estriba en su brillantísima tentativa de comprobación. El propio doctor Travieso nos muestra la idea de la etimología latina, en el “Lazarillo de Ciegos Caminantes”, y, por tanto, en el siglo XVIII. Carlos Bustamante Inca Concolorcorvo, debió recoger en 1749, fecha de su visita a esta margen del Plata (según Leguizamón en su prólogo), la versión que Travieso transcribe y reza aproximadamente “Montevideo”, voz viciada, procedente del latín “Montem Video”, del español “Monte veo”, etc.

Estas versiones eran función necesaria de la fonética del vocablo y pudieron difundirse (adaptándose la variante latina, portuguesa o española, de acuerdo con la cultura de sus defensores), una vez que la metamorfosis del nombre, dando al olvido la de “Santo Ovidio”, llegó a “Monte Vidio”. En este momento la palabra misma sugería la visión del monte, y era lógico que se rectificara su expresión literal, de acuerdo con la idea que se suponía contenida en ella.

Agregaré de mi cosecha, que del concepto de “visión” del Monte, implícito siempre y aparentemente manifiesto en la palabra, podrían fluir otras hipótesis.

Veamos algunas lo más rápidamente posible:

pistas “*que elles aussi, comme les autres, diría él, prétent pas mal a rire.*”

“Un de ces quatre matins”... sin embargo, si se me acusara de parcialidad racial con el gringo “Plegapheta” (sic), me echaré a buscar quién pudo ser el grumete del cuento, y encontraré, abramos al azar, según mi costumbre, al inagotable, a Toribio de Medina... ¡voilà!, pág. CCCCXXI:

“Petit (Jean) natural de Angers... criado y sobresaliente de Magallanes.”

a) En aquellas “Figuras de la costa” que Fernando el Católico encomendara a su Piloto Mayor, Juan Díaz de Solís, debió, aun sin denominación exclusiva, señalar un accidente geográfico de importancia especialísima para la navegación. Magallanes, en ese mismo mapa, pondría, al reconocerlo, la mención “*Vidi*”: *lo avisté, lo reconocí!!* (*Vidio podría ser “Avisté al Oeste”*).

b) Aquí esperaban los expedicionarios descubrir el estrecho para el Mar del Sur. “*Vidi*” podría significar, a la supuesta entrada de un canal: “*Recorrí la región, la inspeccioné.*” (“*Vi (por visité), el interior de este río*”).

Notaciones, ésta y la anterior, encuadradas en el “*vidi*” de Albo, única forma que, mientras no se pruebe lo contrario, debemos llamar la primitiva.

c) El “*Vide*”, de haberse usado, pudo ser un consejo de cautela. “*Vé, mira, cuida el Monte*”, “*Mientras lo tengas a la vista estarás fuera de un gran banco que existe al Sur*”. En realidad, resulta que con tiempo muy claro, (?) aun estando de lleno sobre el Banco Inglés, se percibe todavía el Cerro. En los primeros tiempos el consejo pudo ser sabio y creerse que se estaba en seguridad “*como se está*” al mantenerse en plena vista del Cerro.

d) “*Vide el Monte*”, donde en cierto punto desaparecen bruscamente las 6 brazas de profundidad, o que debes buscar al caer la sonda en las seis brazas.

e) Aun en el término “*Video*” pudo incluirse un consejo de buen rumbo: cuando al marino, para saber si no se apartaba de éste, llegando a cierto paraje debía, como se aconseja hoy (?), decirse: “de este lado aparecen las sierras en tal posición y del otro “*Veo el Monte*”. “*Montem vídeo*”.

Para concluir con el libro de Travieso—interesantísimo, lo repito,—haré una observación que, como muchas otras que, al pasar iré agregando sobre diversas cuestiones, podrá servir luego a mis razonamientos, si no me excedo del límite de tiempo que me he propuesto dedicar a esta conversación. (4)

(4) Deseaba sostener que en su forma primitiva el *vidi* debió escribirse *vidic*. Evito la digresión una vez más.

Él, para reforzar la tesis de que la palabra se deriva de una expresión latina, hace notar que durante algún tiempo las personas doctas escribían, con un acento agudo sobre la *i* el término “Vídeo”, con lo cual se expresaba la necesidad de pronunciarlo en latín.

Creo que el doctor Travieso incurre en un error.

El acento prosódico *para indicar la pronunciación*, no existe entre los latinos, y, en la forma en que actualmente lo usamos en castellano, es norma muy reciente de la Academia. Ni en esta forma tampoco se usa siempre en el latín contemporáneo de los libros de texto: al contrario, cuando, por ejemplo, se quiere indicar el sonido correcto de la palabra “Animus”, esdrújula, no se pone el acento sobre la *a* (como lo haríamos nosotros con el precepto gramatical), sino que se pone un signo sobre la *i*, un pequeño guión entre otros. Sin embargo, no se pronuncia llanamente “Animus”, sino “Ánimus”. El signo indica la rapidez, la brevedad con que debe emitirse la sílaba correspondiente a la *i*. El acento sobre la *i* de “Vídeo”, no convertía tampoco la palabra llana en esdrújula: para quien pronunciara en latín, no era necesaria la presencia del acento; la razón debió ser otra. Tengo aquí un libro, en algunas de cuyas páginas están todos mis conocimientos de Paleografía, vale decir, que no tengo ninguno y que soy un improvisado en esta materia como en otras que rozaré. En este “Manual de Paleografía Diplomática Española de los siglos XII al XVII (Madrid, 1917)”, de Jesús Muñoz y Rivero, encuentro que los acentos en la *i* debieron provenir de la necesidad de que esta letra no se confundiera en los manuscritos con alguna de las inmediatas. Muñoz y Rivero se limita a afirmar que así se distinguía de la *u*; pero por poco que se hojeen mapas, que es casi lo único que he visto, y supongo también manuscritos de la época, se la verá usada para diferenciarla de otras letras, de la *v*, de la *r*, de la *e*, de la *n*, etc., además de la *u*.

Así, por ejemplo, en el mapa de Diego Ribero (Sevilla, 1529), existente en facsímil en nuestra Biblioteca Nacional, encontramos las *ies* acentuadas en las palabras “Tierra de Solís”. En el mismo mapa encontramos escrito “Circulus

Antartícus'', con las dos íes acentuadas, sin por eso pronunciarse ''Antarticus'' con sonido grave.

El acento de ''Vídeo'' debió ser una supervivencia de esa costumbre.

Ello no impide que ''Monte video'' haya sido usado con pronunciación esdrújula: yo entiendo que lo fué, durante muchos años, tal como los ingleses hoy todavía lo pronuncian, y eso sucedió precisamente por creerse entonces que encerraba, en un vocablo latino, la forma presente del verbo ver.

''Monte de Santo Ovidio''

Permítanme, con un pequeño descanso, si no tienen inconveniente, que, por si todos no la recordaran, el doctor Fernández Saldaña nos lea en el Tomo IX, pág. 254 de los ''Anales de la Biblioteca'', la hipótesis magistral de Grousseau:

'' Completaré aquí, y rectificaré en parte, lo que dejé indicado en otros escritos (v. gr. en la ''Toponymie, Annales'', VIII), respecto del nombre de Montevideo, cuya interpretación corriente (Monte veo), admitía yo entonces sin mucha convicción. Es sabido que la denominación arranca del viaje de Magallanes, según se lee en el Diario del piloto Albo (Navarrete, IV, pág. 211), que dice así: ''*En derecho del cabo (Santa Maria) hay una montaña hecha como un sombrero, al cual le pusimos Monte Vidi, corrrtamente llaman ahora Santo Vidio* (ahora Montevideo)...'' Sin hacer alto en lo puesto entre paréntesis, agregado probable del mismo Navarrete, salta a la vista que Albo no ha podido escribir lo impreso en bastardilla. Ha de ser interpolación de un copiante antiguo. En ello, en efecto, aparece claramente que el anotador, al aceptar la etimología monte (m) video (acaso, más sencillamente Monte vide: arcaísmo todavía empleado hoy en habla vulgar), condena la forma ''Santo Vidio'' (por Ovidio), usada ''ahora'', es decir, en su tiempo—el cual tiene que ser la segunda mitad del siglo XVI, puesto que, desde principios del siguiente, la forma ''Montevideo'' corría ya

“ en el Plata. Ahora bien (dejando aparte el latinajo inve-
“ rosímil): es muy sabido que en los descubrimientos nunca
“ se usó bautizar por el grito del vigía los puntos divisados:
“ Puerto veo, Cabo veo, etc...., lo que hubiera convertido
“ la nomenclatura geográfica de las costas americanas en una
“ letanía de monorrimas; siendo así que, en realidad, la
“ terminación toponímica veo se nos muestra única. Por otra
“ parte, es cierto, como dice el texto impreso de Albo, que
“ era entonces usual, en escritos y mapas, la doble grafía
“ Santovidio, Montevidio (ésta más frecuente, según se ve
“ en la Argentina): hasta se encuentra en el notable Rotei-
“ ro Geral de Gabriel Soares de Souza (excelente edición
“ anotada por Varnhagen en la “Revista do Instituto”,
“ XIV), la amalgama Monte de Santo Ovidio. Con todo, en
“ una u otra forma, la designación era poco conocida. Pero
“ Lopes de Souza la ignora en absoluto, y, al reconocer el
“ punto, diez años después de Magallanes, lo llama con in-
“ sistencia Monte de San Pedro (“Diario de Navegação” de
“ Varnhagen, pág. 39). El nombre primitivo, sin embargo,
“ subsistía entre pilotos y “corredores” locales; y es así co-
“ mo lo vemos producirse, a principios del siglo XVII, en
“ numerosos documentos oficiales, alternando la forma Mon-
“ tevidio (como en nuestro Ruy Díaz), con la moderna y de-
“ finitiva Montevideo (debida, sin duda, a la dislocación
“ criolla del diptongo que desaloja el acento: cf. cambeo,
“ despreceo, etc.). Para no dilatar más esta nota, sólo citaré
“ un ejemplo histórico y significativo del nombre (todavía
“ con su grafía antigua), en una carta al Rey, del goberna-
“ dor Hernandarias (Archivo de Indias, 1608), en que se
“ lee: “Hice una correduría de la costa y banda de los cha-
“ rruas, en la qual hallé muy buenos puertos, y en particu-
“ lar uno que llaman Santa Lucia y Montevidio, que será
“ treynta leguas desta ciudad.” En conclusión, pienso que
“ la etimología Monte veo merece juntarse con las no menos
“ populares de Buenos-Aires (¡Qué buenos aires los de
“ esta tierra!) y de Olinda (¡O linda! exclamação proferi-
“ da pelo donatario!): y que la supuesta “corrupción” del
“ nombre primitivo indica su verdadera etimología, a saber,

“ “Monte de San Ovidio”, simplificado luego en Monte Ovidio y finalmente Monte Vidio, por una aféresis muy común. Este Ovidio (nada del *Ars amandi*), es santo portugués: un titulado obispo de Braga y confesor de los primeros tiempos, introducido por los falsos cronicones, y cuyas supuestas reliquias lograron cierta fama local y milagrera a principios del siglo XVI. ”

Se debe observar que el señor Groussac, sin tener indiscutiblemente conocimiento de ello, porque está muy al abrigo de cualquier sospecha, coincide en la primera parte, con cuanto ya dijo el Padre Schupp (en una nota a página 38 de su libro “Eîn Besuch am La Plata, von Ambros Schupp S. J. Freiburg in Breisgam, 1891).

A mi entender, hay gran parte de verdad en la teoría del señor Groussac, pero siempre que se empiece por admitir que el primer nombre fué realmente “Vidi”, y explicar qué se quería significar con él, sin incurrir en la prestidigitación de afirmar que donde leemos “Monte vidi” (hoy “corrutamente” Santo Vidio), deba leerse todo lo contrario, “Santo Vidio” (hoy “corrutamente” Monte Vidi). La razón en que él se apoya, es poderosa, pero si encontráramos la clave originaria de “Vidi”, la corrupción a Santo Vidio fluiría de inmediato y, una vez producida esta corrupción, la tesis de Groussac encuadrada perfectamente en los hechos *posteriores* al Diario de Albo, completaría la solución del problema.

El copista del Diario de Albo conocería tal vez por tradición la idea encerrada en la palabra “vidi”, y le era innecesario entrar en mayores detalles; encontraba varias veces en el curso del Diario, la misma palabra, y a pesar de toda la falta de escrúpulos que le supongamos, debía serle más difícil apartarse tan deliberadamente del texto.

[Si el mapa (recuerdo uno, por lo menos, reproducido en una edición española reciente), donde figura el “vidis”, es como creo, de mediados del siglo XVI, tendríamos una prueba de que el copista no alteró el Diario en la forma radical que el ilustre Director de la Biblioteca imagina].

Por otra parte, siempre será mejor regla de interpretación la que se base sobre la literalidad del documento a que ineludiblemente se recurre.

Si el obispo de Braga era venerado por los marinos y más por sus compatriotas portugueses, la corrupción del incomprendible “vidi” al “Santo Ovidio” era inevitable.

El monte debió ser, por muchos conceptos, tema de conversación, no sólo por la importancia geográfica de suponersele al principio, a la entrada del ansiado canal hacia el mar del Sur, sino también por los fenómenos eléctricos y la muerte de dos tripulantes en sus aguas, hechos que debían grabarse, sobre todo al comienzo de la expedición, en el recuerdo de la chusma. Los portugueses, al referirse al Cerro, dirían “O Vidi”, o sea “el Vidi”, como dicen todavía “O Pão de Açúcar”. De ahí a considerarlo una cosa sola con el Santo no había más que un paso. Ni se diga que después de suponer que el copista del manuscrito de Albo debiera conocer la verdad, con más razón la conocerían los tripulantes. Si mal no recuerdo, Groussac mismo, habla de la dificultad con que las noticias se trasmitían de tripulación a tripulación, y los diversos diarios y relatos están llenos del sorprendente fenómeno de escribir los mismos nombres con diferente ortografía, o atribuir a un solo paraje denominaciones completamente distintas: Estrecho de la Victoria, Patagónico, de Todos los Santos, de la Buenaventura, de las Vírgenes, son nombres atribuidos, simultáneamente con el que dominó, al Estrecho de Magallanes. No sería imposible que la “corrupción” se hubiera producido durante el viaje, en nuestras aguas, al tiempo de la invernada de San Julián. Los fenómenos celestes (fuegos de San Telmo, Santa Clara, San Nicolás, Santa Elena, San Anselmo, los llama indistintamente Pigafetta), los peligros corridos preparaban la imaginación popular a la canonización del monte. Si Solís antes, como lo supone García Acevedo, si Magallanes mismo, puso una cruz en su cumbre, con más razón el “Monte Santo”, que así se le llamaría, pasaría de inmediato a ser el Monte de Santo Ovidio. (5)

(5) El R. P. Benítez S. J., a quien explicaba la hipótesis de la cruz de Solís sobre el Cerro, pensó inmediatamente que éste (cómo se acostumbra hoy todavía en Europa en casos análogos),

“*Veo lejos una Montaña*”

Tengo aquí una carta en que el doctor Felipe Ferreiro me señala con estas líneas otra hipótesis:

“ También puede interesarle el viaje de Buenos-Aires a Porto Alegre de Arsene Ysabelle (Havre, 1835), donde encontrará esta explicación del origen del nombre de Montevideo. Monte-vi-deo. “Veo lejos una montaña”—deo, lejos, y otros datos interesantes.”

Esa hipótesis de la cual no tengo otros datos, se podría explicar, con el “vidi” originario, como una abreviatura de la segunda palabra: *Vi-distante* o *vi distancia*, recordando que en un mapa, por lo menos, encontramos el Cerro con la denominación “vidis”. Es posible que como la hipótesis de “Monte vireo”, que luego veremos, sea una adaptación simplista del nombre actual.

Monte Vi día

Debo esta etimología al R. Padre Ramón Angla S. J. en su clase de Historia Americana. Nos enseñaba que, en su Diario, Albo, al navegar por el Pacífico, escribió más o menos: “Llegamos a la isla de *Bidia*, que queda por la parte del Este.” El Padre Angla imaginaba que esa denominación quería significar que en sus parajes hubieran visto nacer el día o les hubiera amanecido. Algunas frases del Diario en lo relativo al Cerro, hubieran podido dar pábulo a una interpretación parecida, si el nombre hubiese sido dado el 2 de febrero.

En todo caso, esta hipótesis del Padre Angla, coincidiría no sólo con la “salida” de la expedición, sino también (según el momento calculado por Travieso), con la madrugada, en que el Monte fué descubierto.

recibiría el calificativo de “Santo”, y que el vigía de Magallanes, al descubrir sobre una altura el signo de la Redención, exclamaría: “*Montem Sanctum Video*”.

Aparte del recuerdo del Padre Angla, que el doctor Carlos Ferrés, que me escucha, renovará con el mismo afecto que yo, y de la sugestión que debo con seguridad a mi profesor de buscar en los mares de Asia, durante el viaje de la armada de Magallanes, elementos de comparación, ello me da motivo para subrayar como la isla de “Bidia” de Albo se transforma en Pigafetta: el manuscrito Ambrosiano de este último la llama “*Vudia*”; en un manuscrito francés anotado por Denucé, “*Undia*”, y en un tercero que éste cita, “*Budia*”. Por este y otros casos análogos tendremos siempre derecho a dudar de que el primer nombre del Cerro fuese realmente “*vidi*”; es casi seguro que Pigafetta lo hubiera, por lo menos, ortografiado diferentemente, si no alterado; pero sin desconocer lo probable del hecho, no debemos apartarnos sino con serias presunciones de la literalidad de la única expresión que hoy conocemos.

Si el “*Vidia*” se transforma en “*Undia*”, ¿no podría suceder que la *v* inicial de “*vidi*” fuera en realidad una *u*?

Monte Uidi

Se funda precisamente en el último supuesto enunciado. No sé a quién pertenece esta hipótesis llegada a mi noticia, como otra que expondré luego, por referencias, de personas olvidadas.

La palabra “*Uidi*”, en idioma araucano, significa “*Monte*”. Parece extraordinario mencionar un término araucano en el Río de la Plata como aplicado en sus riberas. Sin embargo, no lo es tanto. Una rama araucana llegó, por lo menos, está demostrado, a la altura de la actual Bahía Blanca. De la lengua usada por los charrúas empezamos por no saber nada o muy poco: tal vez no lleguen a una docena las palabras que indiscutiblemente pueden pertenecerles. (Debo este dato al doctor Félix Outes). No hay, por consiguiente, ningún indicio de que el término “*uidi*” fuera usado por ellos y antes debe excluirse. Pero sabemos que Pigafetta, compañero de Magallanes, intercaló en su “Primer viaje alrede-

dor del mundo'', varios vocabularios indígenas de los países visitados. Comenzó con el brasileño y siguió por el ''patagón''. El mismo o sus compañeros pudieron haber recogido ese término, si no de boca de los charrúas, en la actual costa argentina y atribuirlo posteriormente al Cerro. (Los nombres no se daban siempre de inmediato; el Pacífico fué llamado así después de muchas semanas de navegación tranquila, etc.).

Como los diccionarios difieren de manuscrito a manuscrito de Pigafetta, no sólo en ortografía sino también en número de palabras, no es imposible encontrar todavía en alguno de ellos la palabra en cuestión.

Se me prometió un mapa inédito argentino donde, por las características de las puntas de flechas usadas por las distintas tribus, se determinan sus migraciones sucesivas. Si algún día se encontraran en el Cerro flechas ''araucanas'' (ya que según el doctor Outes no se han encontrado en él cráneos de esa raza y ya que las puntas de sílex pueden conservarse indefinidamente), podríamos imaginar también que una palabra de la raza transeunte hubiera quedado en la región. Los expedicionarios habrían oído la denominación ''*Uidi*'' (*el monte*) como aplicada al Cerro (por otra parte, el monte por excelencia de la región) y, sin conocer su verdadero significado, incurriendo en un error, de que se hacen pasibles atlas modernísimos, le habrían llamado el ''*Monte Uidi—el Monte monte*''.

Señor Fernández Saldaña (interrumpiendo). — Si me permite voy a citarle, para reforzar lo que usted dice, que oí decir no hace mucho en Asunción del Paraguay, que ''Sandú'' quería decir ''Padre''.

Señor Caviglia.—Por donde Paysandú significaría ''Padre padre''. Exactamente. Yo iba a darles un ejemplo sobre ''Coy Inlet''.

Aprovecho la oportunidad que me ofrece esta hipótesis, para indicar que a veces, al querer encontrar la etimología de un nombre que pudo ser dado por la expedición de Magallanes en el Pacífico, tropiezo con la seria dificultad de no saber si en las abreviaturas que imagino, no hay más bien

un nombre indígena, que, conocido, me hubiera evitado mayores elucubraciones.

Monte Venerdi

Conozco esta “traducción” del “vidi” magallánico, exactamente por alguien que me dijo haberla oído de un marino italiano. “*Monte Venerdi*”, o sea el “*Monte del Viernes*”, concuerda con la suposición de Travieso, que considera que el descubrimiento pudo ser hecho en ese día de la semana. Ya se verá por qué singulares caminos esta “hipótesis” me saldrá de nuevo al paso.

Monte Vireo

Como preparación a la última de las que, sin mucha precisión quizás, vengo llamando las hipótesis “conocidas”: Un libro alemán, que tengo aquí a disposición de ustedes, afirma que el nombre primitivo del Cerro fué “*Monte Vi-reo*”, que significaba en español antiguo “*Bosque verde*”.

Si no tenemos inconveniente en reconocer en la palabra Monte, tal como nosotros mismos la empleamos, el sinónimo de bosque, coincidente con el grupo “de árboles añosos que coronaba el Cerro”, como recuerda García Acevedo, nos desconcierta la traducción del “*vireo*”. La Academia trae “*Vireo, véase: virio; virio: véase, oropéndola* (ave entre cuyos colores no se encuentra el verde). Como dije de la hipótesis de Arsene Ysabelle, ésta parecería haber amoldado a la literalidad del nombre Montevideo, una interpretación que encontramos con el nombre de “*Monte*” (en el sentido de elevación del terreno) *verde*.”

Señor Horacio Arredondo.—¿Cuál es el libro alemán a que se ha referido?

Señor Caviglia.—“*Reise durck die La Plata Staten. Dr. Herman Burmeifter-Halle, 1861*”, en una nota de la pág. 27.

Monte Verde

Encontramos, para patrocinarla, un padrino ilustre: Darwin.

Leo en su Diario (pág. 204, edición Calpe, Tomo I): “Todo lo que he dicho sobre el país inmediato a Maldonado es aplicable a Montevideo; pero el terreno, con la única excepción del Monte Verde (Green Mount en la edición inglesa), que se eleva a 135 (“450 feet”), metros, de donde toma ese nombre, es mucho más horizontal.”

Es mi único indicio sobre esta hipótesis de “*Monte verde*”, pero imaginando cómo pudo nacer, fuere o no fuere Darwin su autor, podemos recurrir, en primer término, al latín. La palabra “*vidi*” y aun más, el “*vidis*” de ciertos mapas, sería una abreviación de la expresión latina “*viridis*”. Obsérvese que pudo nacer del castellano también: y escribirse *v r di* (o con un punto sobre la *r*. Así encontramos en la palabra estrecho del mapa de Diego Ribero puntuada la *r*). En cuanto a la terminación en *i*, pudo producirse, sea por la mala lectura de la letra *e* primitiva, (6) o por haber sido el nombre terminado realmente en *e*, como sería en “*vide*”.

Finalmente, y perdóneseme la audacia, esta hipótesis pudo nacer no basándose sobre el Diario de Albo, sino sobre con-

(6) Encuentro en un “Diccionario de la Academia” de 1817, “Vireo-Virio”, ave de plumaje verde y amarillo.

El término “monte”, como sinónimo de bosque, se encontraría, en cierto modo, justificado por el “Diario de Albo”.

El manuscrito dice literalmente: “en derecho del Cabo hay una montaña hecha como un sombrero *al cual* le pusimos nombre “Monte vidi”.” Groussac, me parece, invocando razones gramaticales obvias, y en general todos, al interpretar la frase, han entendido, sin embargo: *a la cual* (concordante con montaña).

Albo usa, por lo demás, corrientemente el vocablo monte en el sentido de accidente del terreno (aunque en el caso de los “*montecicos verdes*” se refiriera, acaso, a algunas “*isletas*” o grupos de árboles).

Pero el “sombrero” podría haber sido un bosque que, al coronar

sejos posteriores de navegación en que se emplearan las frases “*si el monte vierdes*”, “*cuando el monte veredes o vieredes*”, que darían a un lector apresurado o transmitirían a ciertos marinos la creencia de que “vierdes” o “veredes” fueran una denominación aplicada al monte, y se refirieran a su color.

No conviene dejar esta hipótesis, primero sin subrayar,

la cumbre, presentara ese aspecto, y el término hubiera sido aplicado entonces a éste y no al Cerro.

En los derroteros atribuidos a Juan de Lisboa en que (muy de prisa), he buscado, dada su proximidad con el viaje de Magallanes, términos análogos, encontré que en la descripción de cierta montaña de Africa o de Asia, no recuerdo, se decía que su cumbre tiene del lado del mar un “sombreiro”: sería interesante identificar, de ser posible, el paraje y ver si se trata de un bosque, de una eminencia sobrepuesta, o de un “sombrajo”. En esta suposición, el “sombreiro” sería un lugar sombreado por los árboles, y dejando volar la fantasía, podemos suponer que también si se hubiera presentado a semejanza de ciertas viñas, dispuestas en parral (y concordando el color de la vegetación), el nombre atribuido significara “*Monte de las vides*”, calificativo a su vez coincidente con el término a veces usado de “Monte vides”, y que se repite a menudo (¿Castello de Vide?) en la nomenclatura portuguesa.

Si el bosque hubiera tenido, en cambio, carácter o similitud de “moeda” (v. Diccionario), otros navegantes le calificarían de “Monte cerrado”, al describirle en sus derroteros, y de allí por corrupción podría aparecer luego el “Seredo”.

No terminaré esta nota sin mencionar otra vez el adjetivo “vedejudos” que aplica el testamento de J. Sebastián de El Cano a ciertos sombreros de su propiedad, por si tal vez el sombrero del “Monte vidi” encerrara en una abreviatura, por ejemplo, de “*Monte de las vidijas*”, “*Monte vidi (jas)*” una idea determinada por la apariencia que le diera su revestimiento arbóreo.

Vaya todo a título de sugestión, sin que se me oculte que rozo problemas filológicos fuera de mi alcance, ya que sobradamente sé que más de una vez, al referirme a términos castellanos o de otros idiomas, sería necesario determinar, primero, en qué forma se usaron en los albores del siglo XVI y cómo los usaría aquella turba-multa de españoles, portugueses, italianos, etc., de toda procedencia y dialecto, y casi siempre de escasa cultura, que constituían de por sí un verdadero mosaico europeo, a bordo de la armada.

nueva coincidencia, que en los días de la entrada de Magallanes el Cerro debió encontrarse revestido, sea en la corona de sus árboles, sea en la vegetación más humilde de nuestro tiempo, con toda esa pompa esmeralda, que sólo en veranos lluviosos, como el de 1520, puede resistir a nuestros soles de enero. Ni pasar en silencio cómo la existencia de un hipotético “Viridis”, o de un no menos hipotético “veredes”, (7) nos lleva como de la mano a la forma “holandesa” de Serede, Seredo, etc. El mecanismo de la transformación de la inicial puede explicarse de dos modos: ya pensando que la *v* primitiva fuese pronunciada *f* y luego, al escribirse con esta letra, ser la *f* tomada por una *s* (es sabido que los holandeses pronuncian como los alemanes (*f* por *v*: “fon Bülow”), y que la *S* y *F* se escriben mucho de la misma manera en español. O en una forma menos complicada, por la simple confusión de la *v* minúscula antigua, muy abierta, con uno de los brazos levantados y con tendencia a identificarse con la *S*.

Ustedes se preguntarán cómo yo, autor de “pistas originales”, quiero explicar todo lo ajeno. Yo no creo haber dicho la última palabra, puesto que de media docena de hipótesis nuevas, una solamente podría ser la verdadera, y no me he decidido por ninguna, porque faltan las pruebas irrefutables; ni mucho menos excluyo las hipótesis “conocidas”, en

(7) ¿Vereda, camino?

La hipótesis de “*Monte Verde*” pudo nacer de un modo más sencillo que el supuesto antes. Como Albo anota, al describir una costa: “Con muchos montecicos verdes y tierras bajas”, algunos derroteros podían señalar al Cerro como un “monte verde” que apareciera en tal punto, y Darwin u otros suponer, en mérito del “Vidi”, que esa fuera la designación primitiva. Siento no poder transcribir algunas frases de “João de Lisboa” en que, a propósito de una margen cualquiera, emplea términos como éstos “Veras morrinhos pretos”, “uma serra morena” o “un morro verde” y hasta un monte “serrado” o “sarrado”, que recuerda prodigiosamente la palabra Seredo. (Nótese que en algunos mapas, el Cerro, “Monte Seredo”, está a veces dibujado con un perfil cortado por una hendidura como si estuviera “aserrado”). (Biblioteca Nacional N.º 61, “Tractus Australior Americæ”, A. de Witt, 1627).

una de las cuales, tal vez, está la solución. Si ésta me seduce es por otro motivo: si en un tiempo cualquiera hubo razón de suponer que la primera sílaba de “*vidi*”, era una abreviatura *vir*, o *vr* (*r con un punto o no*), encuentro en ello un rastro muy interesante y una presunción para otra de las mías.

Las pistas nuevas

Estas que no quisiera llamar hipótesis, constituyen, con los comentarios de antes, el programa de un estudio más serio. Exponen el trabajo preparatorio de imaginación que una persona más circunspecta no pondría de manifiesto, aunque hubiera llegado por caminos análogos a la verdad.

Entramos en un terreno completamente nuevo, donde veremos desfilar mis 10..20..36 “hipótesis” personales, como dijo alguien haciendo chacota de ellas, y se descubrirá el secreto de lo que mi amigo Fernández Saldaña llama el “*específico*” para fabricarlas.

Llamaremos, si ustedes quieren, “*pistas*” a mis fantaseos: quedan sujetas a mi propia crítica, antes que nada, y la verdad puede salir de entre ellas, como de las anteriores o de otras distintas del todo. Mi fantasía preste acaso el servicio de que quien tuviere la paciencia de leerlas mañana, pueda, si se encontrara frente a una presunción seria, reconocerla, cuando de otro modo no se hubiera detenido en ella; y todo porque yo, con menos escrúpulos científicos y sin ninguna reputación de historiador para salvaguardar, no tuve miedo de señalar un camino.

“*Vidi: conjunto de siglas o abreviatura*”

Ustedes, al tanto de documentos antiguos, conocen el uso y abuso de abreviaturas de que padecen: Mis pistas son el resultado de la investigación del sentido que “pudo encerrarse” en la “supuesta fórmula abreviada contenida en las cuatro letras de “*vidi*”.

Los pilotos de Magallanes, Pigafetta (dibujante de más de veinte mapas), usaban abreviaturas. Es inútil demostrarlo;

pero por lo elegante del ejemplo, dejen que les repita cuanto les mostraba, antes de comenzar, en los dos mapas de Pigafetta, el uno de la edición Calpe (pág. 144), y el otro en la de Denucé (París Anvers, 1923).

El mapa de la parte meridional de nuestra América (en Denucé), al inscribir el Cabo Vírgenes, lleva esta mención:

“Cap de Ōze Mille vierges”

La edición del manuscrito Ambrosiano trae, en cambio,

“Capo da le ij.m vir”

donde descifraremos con facilidad, gracias a los datos conocidos y en italiano:

“Capo dalle undicimila vergini”.

Supongamos que un copista, al reproducir la mención italiana abreviada, hubiera condensado, sin comprenderla, las abreviaturas y éstas llegaran hasta nosotros en la siguiente amalgama:

“Capo Daleijmvir”

Si no tuviéramos ningún otro rastro, si no supiéramos que ese nombre fué dado al Cabo, por haber llegado a él en “el día que la Iglesia les consagra” (a Santa Ursula y compañeras mártires), ¿quién se atrevería hoy a “dislocar” las abreviaturas y a descifrarlas? ¿Cómo adivinar el significado de la palabra misteriosa: “daleijmvir” y pescar la cifra romana de tal modo escondida, o la mención “vírgenes”?

A esta fecha ya hubiera aparecido algún émulo mío demostrando su origen patagón, vascuence o “lunfardo”. Por poco que se hubiera visto en ella un resquicio para latinizarla o encontrarle una leyenda hermosa, ya la tendríamos disponible.

La amalgama de las abreviaturas debió producirse en el caso del “vidi” y en otras denominaciones magallánicas.

Encontrar un caso o varios en el Pacífico, robustecería la verosimilitud de un fenómeno análogo en nuestro Cerro.

Si nos limitamos a examinar en Albo o Pigafetta las palabras similares comenzadas con Vi o Bi, tendremos material suficiente *Bidia*, *Virano Batolaque* o *Biraham Batolach*, *Bi-ga*”, etc., etc.

Al estudiarlas tropecé con la falta, entre nosotros, o para mí, de documentos suficientes a decidir si, en cada caso particular, no se trataba simplemente de una palabra indígena, o si esos eran nombres atribuídos por la expedición, y con la falta de mapas muy aproximados en fecha, a la época del viaje, para determinar, por ejemplo, la colocación ordinal de ciertas islas. Será necesario, con mejores elementos, insistir.

Las abreviaturas leídas en “*vidi*” (o palabras análogas), cuyo número puede ser ilimitado (con mi específico), hasta convertir el problema en un laberinto, pueden clasificarse *grosso modo* en tres grandes grupos (sin perjuicio de que algunas se queden fuera de la clasificación):

1.² Las que presumen que la frase comienza con la conocida anotación náutica “*Vi, vimos, avistamos*” y continúa: “*en tal ocasión; en tal fecha*”.

2.² Las que leen en la sílaba vi, el número romano “*seis*” o su ordinal “*sexto*”.

3.^o Las que encuentran en esa misma sílaba la abreviatura de la palabra “*virgen*”.

Como ya estoy abusando de la paciencia de ustedes, trataré de detallar sólo dos de entre esas pistas, que llamaré:

Monte sexto destas Indias.

y *Monte Virgen de Inmaculada (Concepción).*

Algunas de las otras serán indicadas al pasar, y ya conocen ustedes el “sistema” para explicarlas. Agregó que, por ahora, me limito al sentido general o aproximado que, dentro de una idea dada X, se puede encontrar a la palabra “*Vidi*”. El porvenir reserva la explicación literal y detallada de la verdadera.

Monte vi dia Candelaria

Esta, que tiene enormes probabilidades en su favor, encuentra sus argumentos en la lectura atenta del Diario de Albo y en las reflexiones respecto al puerto de la Candelaria, que daré más adelante, sin perjuicio de serle aplicable casi todo cuanto diga de la de la “*Inmaculada*”.

(Se supone con ella que la palabra originaria fuese, por lo menos “*Vi di.c.*”. Explicaré también cómo esa c final pudo ser tomada por una o, y dar así nacimiento a Vidio, con todas sus consecuencias).

Una variante de la misma podría ser

Monte vi dos Febrero

Se llega a este resultado conociendo que Febrero se escribió Hebrero y Ebrero, y que la E inicial de este último pudo convertirse o ser tomada por una i (si no se admite también la forma “*vide*”).

Para reforzar con un ejemplo, tomado en los mares de Asia, la viabilidad de estas pistas, descifremos las posibles abreviaturas contenidas en la isla de

Bidia

Como suponemos que llegaron a ella un 27 de diciembre, día de Juan Apóstol, podremos leer

Vi d (día) I (Juan) a (apóstol)

Para reforzar esta interpretación, cabe añadir que tengo razones para creer que este nombre desapareció frente a un nombre indígena, haciendo suponer que el de “*Bidia*” fué dado por la expedición.

Viólo Juan Díaz Solís

o (*visto por*), ya que el nombre del Piloto Mayor se escribió también Iuan Diaz Yolis (como en otros casos Gólis).

Monte 1501

Para eso es necesario leer, en vez de “*Vidi*”, “*Iudi*”, que indicaría la fecha en la cual, según Varnahgen (?) Américo Vespucio bajó a estas latitudes, o el interés español de difundir la leyenda (comprobándose con una fecha *ad hoc*), del descubrimiento anticipado del Cerro. (?) Detengámonos prudentemente. (8)

En una cifra romana, aunque fuera solo la de la primera sílaba, podríamos leer también una distancia: las instrucciones a Solís indicaban que en el lugar “señalado” donde tomara posesión, debía determinar la distancia a que el lugar estuviere del mar. (9) Podría leerse asimismo una cifra que señalara la altura del Cerro. (10)

(8) En la fotografía del manuscrito de Albo aparece una *e* puntuada, quizás simple distracción del *copista*... de cuya existencia éste puede ser un rastro.

(9) El guión sobre la segunda *i* de *vidi* puede ser también signo de cifra.

Silvestre da Silva Ferreiro (*Relação do Sitio, etc.*), me parece recordar, hace cierta alusión a este viaje, aunque no puedo precisar el sentido. Humboldt, tal vez sin referirse a Vespucio, encontraba en los mapas, rastros de que alrededor de esa época (1500), el Río de la Plata debió haber sido visitado. J. I. de Brito Rebello, en el prólogo de “*Tratado de Marinharia, etc.*”, se refiere a expediciones ligeramente anteriores.

(10) Al Cerro se le han atribuído alturas muy distintas. Una de las más extraordinarias, por lo inexactas, es la de Juan Francisco de Aguirre que la fija en 100 (cien) varas, al referirse a él en un capítulo de su Diario, que el señor Groussac suprimió al publicar este último en los “*Anales de la Biblioteca*”. Aguirre insiste en el mismo error al recordar como término de comparación esa misma altura de cien varas, a propósito de una colina de Sierra Ventana, si no recuerdo mal. El señor Groussac, en una nota a esta referencia, dice que no puede tratarse del Cerro de Montevideo, por tener una altura mayor de cien varas. El doble error de Aguirre y Groussac ilustra muy bien lo que puede ocurrir, con el argumento que se nos hace tan a menudo, al relatar el viaje de Solís sobre los datos de Antonio de Herrera: “El puerto de la Candelaria en los 35° de latitud Sur tiene que ser el de Maldonado, porque sin estar

Monte de los Idus de Enero

A quien no se asuste de “latinajos”, ¿por qué no aconsejarle recurrir a los “idus Januariis” y caer en el 13 de Enero, día del descubrimiento, calculado por Travieso?: “*Vi el 13 de Enero*”?

Monte sexto destas Indias

El origen de mis investigaciones viene de muy lejos, cuando, siendo estudiante, se me había ocurrido fantasear, en que la palabra Montevideo, podía leerse “*Monte Sexto de este oeste*”, viendo en las letras “*vi*” el ordinal romano sexto.

Y nunca más di importancia al asunto, hasta que un día, en el estudio del señor Arredondo, y durante el curso de una brillantísima disertación suya sobre la fortaleza de Santa Teresa, me hipnotizó, y discúlpeme el señor Arredondo, este mismo mapa, que por una nueva cortesía suya puedo presentarles.

Es la Carta esférica del Río de la Plata, de Andrés de Oyarvide, reeditada, con correcciones, en 1875, por don José Murature. Como ustedes ven, en este perfil de la costa aparecen cinco cerros A. B. C. D. E., al observador que se sitúe en el mar, frente a Punta del Este. Siguiendo en dirección a Montevideo, nuestro cerro hubiera sido el Sexto, ateniéndonos a las alturas de cierta importancia *para la navegación*.

Si el verdadero Cabo de Santa María hubiera sido, en el pasado, la actual Punta del Este, tendríamos confirmado el hecho de que el *Cerro pudo, para la expedición de Magalla-*

“ en los 35°, es el que más se aproxima a ellos, y no puede ser el “ de Montevideo que está más al Norte.” Lo que falta, ante todo, es determinar si lo que nosotros sabemos hoy, *si la verdad geográfica actual*, era la verdad de entonces: fuera de la presunción fortísima que nos dan los innumerables errores antiguos, tenemos el texto de Albo, según el cual, por estar él en derecho del Cabo y leste-oeste, el Cerro, y con más razón su puerto, *se ubicaban* también en los 35 grados.

nes, llevar el número seis. Paul Groussac ha demostrado el error en que se incurrió al “ubicar” el Cabo de Santa María en su actual posición. (11) Esta pista se basa sobre la “verdad” de Groussac.

Los compañeros de Magallanes ubicaron bien el Cabo, es decir, en Punta del Este, cuando Albo nos dice: “en derecho del Cabo hay una montaña”, la costa corre de Este a Oeste, etc.

Este mismo perfil de la costa, reproducido por algún material de navegación, figura en un mapa cuyo original tiene también en su estudio el doctor Daniel García Acevedo. De-

(11) Aunque mi castillo de naipes se base sobre haber sido el Cabo de Santa María, Punta del Este, hay que reconocer que la cuestión es todavía discutible.

Si efectivamente João de Lisboa (“Tratado de Marinharia”, impreso en 1903), al comenzar el siglo XVI antes de la expedición de Magallanes, situó al “Cabo Sãta Maria” en los 35 grados (como en el mapa de Diego Ribero figura, según creo recordar, el “Rio de los Negros”, anoto para quien pueda aprovecharlo, “Rio dos negros” x x x j, cabo da ponta x x x ij, a baya aparcclada x x x i i j 3|5, o arrecife x x x iiij, y “o cabo de Sãta Maria x x x b”, (sic, muy especialmente el x x x b), o sea respectivamente 31, 32, 33 3|5, 34 y 35 grados latitud Sur (obra citada, pág. 89); Gabriel Soares de Souza [“Roteiro Geral”, edición Varnhagen, pág. 107 (?)] parece situar en 1587 el Cabo de Santa María, aproximadamente donde está ahora:

“ Doporto de S. Pedro ao Cabo de Santa Maria sao quarenta e
 “ duas leguas, as quaes se corren pelo costa nordeste, sudoeste, o
 “ qual esta en trinta e quatro graos, e tem da banda do sueste
 “ duas leguas ao mar tres ilheos altos, que se dizem os Castilhos,
 “ entre os quaes e a terra firme ha boa abrigada e surgidouro para
 “ naos de todo o porte.”

En todo caso “para Magallanes”, el Cabo de Santa María estaba indiscutiblemente en la actual Punta del Este, ya que se basaba en los datos de João de Lisboa y ponía al Cerro “en derecho” del Cabo.

Por otra parte, y lamento no poder dar detalles por falta de mapas, si se cuenta por grupo de montes, yo habría llegado a contar también, desde el actual *Santa María*, cinco grupos, antes del Cerro.

bo a su amabilidad poder presentarles esta hermosísima copia.

Hace más de un siglo aún se *podía contar* así, y empleo de intento estas palabras, porque geográficamente los cerros son más numerosos, pero los únicos que nos interesan son los que pueden servir de jalón al navegante.

En el siglo XVIII, en este mapa de Bougainville (“Viaje alrededor del mundo”, edición Calpe, Tomo I, pág. 32), encontramos, aunque no sean las mismas, *cinco cimas* con el nombre de “Montagnes des Maldonados”. No figura ninguna otra, ni siquiera nuestro Cerro. Y he aquí finalmente la fotografía de una “*Pranta do Rio da Prata*”, obtenida en la magnífica Biblioteca del doctor Luis Melián Lafinur, y perteneciente al libro “*Relação do Sitio da Nova Colonia, etc., por Silvestre da Silva Ferreiro. Lisboa, 1748*” (del cual tuve conocimiento por estar mencionado en el artículo de Daniel García Acevedo en la “*Revista Histórica*”). El hecho de los cinco cerros de Bougainville, dibujados en forma muy distinta, se repite.

Durante todo el siglo XVIII *hubo quien contara así*.

Debo agregar que, después de estos tres planos, aparecieron los discordantes, donde los cerros son más numerosos; pero esta posición ordinal del Cerro, no lo olvidemos, sigue siendo apenas una presunción. (12)

(12) El distinguidísimo oficial del “Massilia”, 1.er Lieutenant Ferdinand Delacroix, me ha dibujado (visto desde la posición lat. 35 Sur, long. 53, 30 Greenwich), el perfil de los que llamaré los cinco Cerros de Bougainville; “Cerro chico, Pain de Sucre, Sierra de las Animas, Pic Aigu y Cerro Betet”, sin que él pueda contar otros interesantes para la *navegación*.

Pero me ha dibujado también tres alturas, visibles desde 10 millas de la Punta Palmar (?) y me subraya que en las cartas inglesas y francesas aparecen “*Trois “Sommets visibles du large*” que están a 22 millas de la costa, al Sur de la Sierra de Garzón, y de-

Recorrí cuanto manual de navegación pude conseguir, desde el "Roteiro Geral" de Gabriel Soares de Souza en adelante; el viaje de Pero López de Souza, 1530 (quien llama de San Pedro a nuestro Cerro) (13), y no encontré ninguna referen-

ben ser percibidos con tiempo claro por un observador que se halle quince millas mar afuera.

¿Serían estas "*las tres montañas*" del cabo de Santa María?

El teniente Delacroix cree que no, con estas palabras, más o menos: "Las tres montañas del verdadero cabo (que considerado con "*carácter de avanzado en el mar*, tiene que ser Punta del Este), "son Pan de Azúcar, Sierra de las Animas y Betete", que se perciben desde las 28 millas (miradas desde el alto puente del "Masilia") y que efectivamente *parecen islas* a esa distancia. El Pan de Azúcar, naturalmente, surge antes que los otros."

(13) Si es exacto que Pero López de Souza "ignoró en absoluto, según las palabras de Groussac, el nombre "vidi", fué acaso porque él supo que era apenas una notación náutica, en un portulano o en un Padrón (o Patrón) de Indias, o una referencia de longitud: "vi grados de dicha isla", etc., o un simple "*número ordinal*", en cualquiera de cuyos casos el Cerro no estaba todavía bautizado. (*)

El "*le pusimos nombre*" de Albo (sin pensar que signifique le pusimos número, porque la misma forma se usa en casos inequívocos), poco importaría, porque estamos acostumbrados a sus imprecisiones. (Para recordar una sola, y porque ilustra lo que acaso sucedió con el "vidi", cuya explicación puede estar oculta en las frases mismas del Diario, Albo nos habla de la Isla de la Gada: ¿quién adivinaría que esa designación quiere significar de la Aguada: "Acquada da li buoni segnali", de P'igafetta, por más que a renglón seguido se nos diga que allí hicieron agua y leña?).

Insisto, ya que he citado a Pero López de Souza, en el deber patriótico de reimprimir, bajo la égida del Instituto Histórico, el "Diario de la Navegación de Martín Affonso de Souza" (publicado por Varnhagen), siquiera en lo relativo a nuestras aguas. *Pero*

(*) El dar distintos nombres a un mismo lugar es, por otra parte, caso frecuente: el Río de la Plata llevó los nombres de Río de Santa María, Jordán, San Cristóbal, Mar Dulce, Paraná-Guazú, de Solís, y el muy desconocido de Amaraya, según Boucaul (?) en su "Manual de navegación", sin contar los de Río de Buenos Aires y hasta el de Río Paraguay.

San Cristóbal, "portador del Señor", si lo *tradujéramos* así, nos acercaría a Seredo, pasando por un Feren(ns)do.

cia a los “cinco cerros”. Podemos, sin embargo, inferir que Magallanes, por las palabras de Antonio de Herrera, después de haber reconocido “la señal de los tres cerros”, en el Cabo de Santa María (P. del Este), gracias a Carvalho, “quien lo sabía por relación del piloto Juan de Lisboa, que había estado en él”; podemos inferir, que Magallanes siguió

López de Souza es, en la historia de los viajes, el primer gran amigo de nuestro país. Si encontramos en otra parte las alabanzas que su tierra merece, nadie antes que él la ha descrito con tanta simpatía.

Bajo el sortilegio primaveral, prodigioso, de aquel año (1530), sus páginas son de una ternura conmovedora. Sin perjuicio del “cliché” (**) de tantos viajeros ilustres, para la belleza de la mujer (*avant la lettre*), nos salen al paso aquellos ¡ay! inefables “llorones” de don Francisco Piria, y vemos ondular por sus collados los cardales, testimonio de sus suelos ubérrimos (***). El Parque, que, para vergüenza edilicia, no embellece todavía nuestro Cerro, deberá llamarse, por motivos elementales de gratitud “*Pero López de Souza*”, ya que no pudo prosperar el de San Pedro, su patrono celestial, para el Monte mismo.

(**) Sería bueno coleccionarlos... con las glosas que sus propios autores suelen hacerle, cuando piensan que no los oímos (v. gr.) Darwin, y sería óptimo ¡por más justicia que encierre la loa! suprimirlo del protocolo que nuestros introductores de forasteros les insinúan, como obligatorio.

(***) De donde resultaría que alguna variedad, por lo menos, de entre nuestros cardos, es autóctona, pese a cuanto escriba Grousac y a la opinión de un ilustre botánico alemán, quien consultado por mí a este propósito con la cita de Pero López, pensaba que en veinte años, las semillas que acaso vinieron con los primeros descubridores, tuvieron tiempo de multiplicarse en el enorme poder de difusión del vilano. Para determinar la variedad, puede servir el saber que el marino portugués y sus compañeros recurrieron, para su alimentación, en gran parte, a sus cogollos, que serían idénticos a aquellos que según escribiera cierto fraile menos de un siglo más tarde, empleaban los indios de la otra ribera del Plata, para reemplazar el agua en la sequía de las Pampas... circulando entre ellos, *todavía a pie*, por senderos estrechísimos, abiertos tal vez por las alimañas, en fila de a uno, para evitar en sus miembros desnudos la mortificación de la hoja espinosa.

contando las cumbres, que eran el signo más materialmente adecuado a servir de jalón a una entrada casi desconocida. (14)

Magallanes contó, como *tal vez lo hacen subconscientemente* nuestros prácticos. Interrogué a dos de los más experimentados, averiguándoles cuántos cerros o alturas importantes para la navegación hay después de *Punta del Este* (antes Santa María), y me contestaron “tres” (como Juan de Lisboa). Insistí: “si después de ellos no habría otros antes de llegar al Cerro, y consultándose dijeron: *Que viniendo cerca de la costa* (15) había dos más; si mal no recuerdo las Toscas y Piedras de Aflar (16). Nuevo ejemplo de cómo se cuentan cinco antes del Cerro (9 x).

Magallanes, al pasar el Cabo, entraba en los dominios indiscutidos, según él, de Castilla (como de acuerdo con su memorial se debe interpretar, y con el mapa de Diego Ribero). Buscaba aquí el paso al mar del Sur y pudo creer haberlo encontrado. El Cerro, tan capital para la navegación

(14) La variante de “*Monte Urdeo*” citada por Daniel García Acevedo, debe ser una simple errata, por mala interpretación de la caligrafía del original, por el tipógrafo, ya que pocas páginas después el nombre queda escrito correctamente. Con algunas “*gotas de mi específico*” podría leerse, sin embargo: V (quinto, contando de otro modo), U (último), R (rumbo), D (de), E (Este). O (Oeste), pero, entiéndase, ¡por favor!. esto, como casi todo lo que me pertenece, con el consabido grano de sal: Cuantos me oyeron, y (aunque los taquígrafos no lo asentarán), recordarán que yo mismo propuse descifrar mi propio apellido a base de números romanos y abreviaturas conocidas (como “*iglia, iglesia*”), para demostrar lo peligroso del “*juguete*” de mi invención.

La forma “Urdeo” es un ejemplo de las corrupciones que pudieron producir el “Seredo”, o de aquellas otras, famosas, que nos presentan a los últimos “*charmas*”, en la primera Exposición Universal de París, o (en el novísimo Denucé, 1923) convierten en “*charricas*” a nuestros pobres charrúas.

(15) “En un principio se palmearían los navegantes por la costa septentrional, que es alta y está nutrida de excelentes puntos de reconocimientos” (Navarrete, Tomo IV, pág. 8).

(16) En uno de estos cerros había, en tiempo de la colonia, un vigía que mandaba propios a la ciudad, al llegar los navíos correos.

del río, antes que por cualquier otro nombre, pudo ser designado, como a veces se hizo (Río Tercero, Río Cuarto, Ilha Terceira en las Azores), por un número ordinal.

Explicando el “*vi*” por un seis o un sexto (como la notación romana de las once mil vírgenes), (17) la segunda sílaba, fué tal vez signo “*destas islas*” o “*destas Indias*”. Sabemos por Herrera que los “*tres Cerros parecían islas*”, y a ninguno de ustedes les sorprenderá el uso de este término para designar lugares de tierra firme en aquella época. (Véase nota 12).

Si el monte era el “*Monte Sexto*”, no era difícil escribirlo con la misma abreviatura que Santo. Sea que el Sto precediese como aclaración la palabra “*vidi*”, o se usara aparte, la “*canonización*” del Monte y su identidad con el obispo de Braga, estaban consumadas.

Y he aquí un nuevo pequeño argumento, para robustecer esta hipótesis. Los holandeses escribieron “*Seredo, Seride, Serede.*” En este plano del río, reproducido por Groussac (“*Anales de la Biblioteca*”, Tomo IV, pág.), al traducir la “*Navegación de un buque de Amsterdam*”, al escribirse la palabra “*Serede*” como ustedes ven, la primera *e* no está en línea con las demás letras: está más alta, al lado de la *S* y es ligeramente menor que las otras: permite suponer una abreviatura de “*Sechste*”, o sea de Sexto, en alemán y en holandés. (?) (Convendría ver alguna explicación en los libros de donde se sacó esa lámina, ya que había aparecido antes). Hay que averiguar qué significan *ride, redo, rede*: Encuentro palabras similares, una con el significado de “*consejo*”, que interpretaría “*advertencia de navegación*”; la segunda parecida a la castellana “*rada*”, con el sentido de bahía, abrigo. ¿Se trataría del *Monte de la Sexta bahía*? No he estudiado el punto; sólo puedo asociar a ello el recuerdo

(17) Pigafetta usaría como muchos de la época, los números romanos corrientemente: Aunque no disponga del texto italiano de la “*Raccolta Colombiana*”, encuentro una nota de la Edición Calpe: “*passó X anni di sua vita in Maluccho*”, o sea “*pasó diez años de su vida, etc.*”

de que las naves antes habían entrado “*en una como Bahía*”, e irían también acaso, enumerándolas.

Lo que importa por el momento es el Seis o Sexto.

Podría leerles, en este tomo IV de Navarrete, algunos datos sobre lo que llamaríamos “pro-domo”, las virtudes del número seis. En las instrucciones a Magallanes, el monarca se había reservado las seis primeras islas que se descubrieran. En las siguientes, Magallanes participaba de los beneficios, como diríamos ahora. Esto rezaba con las Molucas, pero, en buena lógica, debía aplicarse a todos los descubrimientos.

Al designar el Cerro con el número seis, Magallanes tendría después su parte de aquellas “piedras preciosas”, que Pigafetta señala en las islas de la boca del gran río. [Pigafetta no era tan embustero como parece: se refería, como buen italiano conocedor y amante de joyas, mosaicos y camafeos, a las ágatas, cornalinas y granates que las aguas del Río en las mismas faldas exteriores del Cerro (Punta Yeguas), hacen crujir y pulverizan lentamente en su flujo y reflujo].

—En el “Memorial” al rey Fernando, Magallanes sitúa el Cabo de Santa María a los Seis grados “de la Isla del Brazil”. Rectificó el dato y contó los seis grados hasta el Cerro. *¿VI (de) dicha isla?*

¿O bien el Cerro era el Monte Serto de los indiscutibles dominios de Castilla? (Monte VI d (de) I (Ispania)).

—Magallanes conoció la declinación magnética de la aguja. Albo aprendió, durante el viaje, lo que significaba. *¿Cuál era la declinación de 1520? Podremos leer (VI grados d (declinación) i (imán)).*

—Agreguemos que en la ruta de Lobos al Cerro no debe seguirse exactamente de E. Oeste sino con una declinación: escribieron algunos marinos de casi 6 grados al Norte (5 3|4). El “*Vidi*” *¿indica esa desviación de 6 grados aproximados? (18)*

(18) José de Salazar, en 1811, según mis apuntes (“Lobo y Riudavets”, pág. 239), decía: El rumbo del Oeste 5 Norte es el que comunmente lleva desde Lobos a Flores.”

El teniente Delacroix me calculó “fuera de Lobos, rumbo directo al Cerro, N. 84 W, que coincide con los 6°”.

Y finalmente, para no fatigarles más con posibilidades sin-número, que no tienen más objeto que demostrarles que para mí el juicio sigue abierto a prueba, mencionemos algo más: frente al Cerro de Montevideo (19) el fondo del río forma a 10 o 12 leguas del cerro un escalón donde terminan bruscamente las seis brazas y la profundidad es mucho menor. Por otra parte, un dictado de prudencia aconsejaba y aconseja mantenerse al llegar a sus parajes en las seis brazas. *¿Se quiso hacer la indicación en el VI del Monte?*

Para no citar manuales de navegación o, mejor dicho, los recuerdos borrosos que de ellos conservo: (20) no olviden que improviso y hablo de memoria, leamos (como viniendo a cuenta, por el hecho de citarse las seis brazas), las palabras del corregidor Hernando de Montalvo, 1576 (pág. 95, Tomo X de los "Anales de la Biblioteca de Buenos Aires"): "y desde la Isla de corvinas a una pequeña montania de arena que se viere hay 8 leguas: este se llama el Monte de Santo Ovidio que llega hasta el río y a fondo 6 brazas acercándose a la tierra y desde allí a la ysla de flores", etc. (21)

(19) "Lobo y Riudavets", pág. 261: "Hay quien dice que en el meridiano del Cerro y a distancia de 10 o 12 leguas, hay un manchón de corta distancia, en que de repente se pasa de 6 a 4 brazas."

(20) Encontré a bordo, sin embargo, en mis apuntes, el siguiente:

"Y a las pocas horas, o tal vez en el acto de caer en fango por las 6 brazas, verá el Cerro de Montevideo si el tiempo es claro, con cuya vista asegurará su situación."

"Hay una marca muy notable para entrar por el canal, y es que el meridiano de Montevideo divide la calidad del fondo por los expresados paralelos, de modo que al Este de él todo es arena, revuelta algunas veces con conchuela, y al O. todo es fango suelto, exceptuando"..... "y cuando se encuentran 6 brazas se está más próximo a divisar el Cerro, pero no así cuando se encuentran 7 brazas, porque éstas se hallan hasta por los paralelos de 36°30 y muy al O. de dicho meridiano." (José de Salazar: "Lobo y Riudavets", pág. 242).

(No se olvide que para verificar las brazas en las sondas de los planos del río, hay que hacer la diferencia entre las españolas, las inglesas, etc., o con los metros que usan hoy los franceses).

(21) Debo al doctor Enrique Peña el conocimiento de estas cartas.

(He subrayado el “que se viere” por el parentesco que tiene con aquellos hipotéticos “vierdes, veredes”, etc., de que hablé a propósito de Monte Verde).

Monte del sexto día

Llegamos por otros caminos a la hipótesis “conocida” de Monte Venerdi. El viernes es el sexto día de la semana.

¡Sabe Dios cuántas sorpresas me reserva el porvenir entre tantas acrobacias poliglotas! Traigo el episodio a colación, por si alguien más atrevido que yo, enamorado de la hipótesis del Sexto día, nos quiere demostrar que “*Monte del Viernes*”, traducido a “*Wenesday*”, pasa a ser por un fenómeno inverso el *Sredo* de algunos navegantes “bohemos” (de aquellos que hicieron ciertas misteriosas expediciones comerciales; o nos pruebe una metamorfosis del Freitag). Yo, con mi natural timidez, no me atrevería a tanto, y ni sé siquiera a qué familia pertenece el idioma bohemo.

(Recordemos, a propósito de Seredo, que Groussac piensa que es tal vez una corrupción de la palabra Cerro o Cerrito. Yo imaginé que Serredo fuera un término derivado de Serra o Serro, como se forman en portugués de “*Rocha, rochedo*”; de “*arvore, arvoredo*”; de “*penha, penhedo*”. Como era lógico, acabé por descubrir un señor portugués que me afirmó que así era “*antiguamente*”, pero no he encontrado la palabra en los diccionarios. (Encontré, en cambio: “*Seride*, especie botánica”, y “*Serrego*”, que anoto *pro memoria*). (22)

(22) No resisto a la tentación de relatar algo muy cómico que me aconteció a este propósito (aunque no he aprovechado todavía la lección).

Siguiendo el sistema, apenas esbozado, de cotejar las pistas nuevas con las variantes del grupo Seredo y con el antecedente de aquel “*Sechste*” alemán, se me ocurrió pensar si los holandeses no habrían tenido alguna fórmula “cristiana”, como la que aún usan los portugueses para designar los días de la semana con las expresiones “segunda, tercera, cuarta, quinta e sexta feiras”. Nada he podido saber hasta ahora, pero en estas andanzas llegué a sospechar que la palabra rusa “*Sreão*” designara un día de la semana. Un amigo, con relaciones bolcheviques, se encargó de averiguarlo

Monte Virgen de Inmaculada (Concepción)

Entre los significados con alusión religiosa que pueden darse al vocablo “vidi”, enuncié ya el muy serio de “Vi día Candelaria.”

Anotemos de paso (23) *Victoria de Triana*. Más que un

de una dama, y me trajo la interesantísima noticia de que el “Sredo” ruso era el *Viernes*. Muy satisfecho, pero dudando, *et pour cause*, pedí la lista completa de los días y ¡“Sredo” resultó ser el Miércoles! Ante mi casi indignación, el amigo, muy confuso, se disculpó informándome que había tenido que servirse del inglés como idioma intermediario, y que al decirsele que “Sredo” era “*Wenesday*”, creyó recordar que éste correspondía, por el parecido, al *Viernes*.

El señor Fermín Carlos de Yéreguy de Melis, con quien me complazco en coincidir (a título de simple rastro, y sin desechar los otros que yo mismo propongo para descifrar el “Seredo”), encontraba, se me refiere, la posibilidad que Seredo procediese de Sagredo o Segret, marino de la expedición, que falleció en Malaca. A semejanza de Roldán de Arlot, quien dejó su nombre a la “Campana de Roldán” en el Estrecho, por ser uno de los que ascendieron a su cumbre, para examinar el horizonte, o buscar la salida, Segredo pudo también relatar un hecho análogo a los portugueses. Formaba parte de las instrucciones el que imponía a los jefes no exponerse en tierras desconocidas.

(23) Y sin mucho entusiasmo ‘Virgen de la O’: (Verg. di O) una de las “personificaciones” de la Concepción, que con buena voluntad podríamos leer en el “Vidio” (o en la forma más reciente del “Video”). No hablemos de Santa Veridiana, que recurre en febrero, y por lo “verdoso del color”, recuerda la hipótesis darwiniana, pero no olvidemos que “di” es a un tiempo mismo abreviatura de “día” y de “Dios”, palabras que antaño, por otra parte, tuvieron el mismo significado.

Y para no perdonar ninguna suposición, agreguemos que la hipótesis “*Monte vi Dios*” (advirtiendo que Dios se escribió también con minúscula), puede vincularse a la fiesta de la Candelaria, *si se quiere*. En el cántico de Simeón “Nunc dimittis servum tuum Domine”, se emplean las palabras “porque mis ojos han visto al Salvador”; sin gran esfuerzo podemos entender “han visto a Dios”, y los creyentes, transformarlo en “*vimos a Dios*”, especialmente des-

significado religioso propiamente dicho, recordaría tal vez una nave de la escuadra que tomó la delantera antes de llegar al Cerro (correspondiendo así al cabo enfrentado de

pués de los peligros corridos antes de llegar al Cerro, y de haber los fenómenos celestes iluminado la punta de los mástiles. (*)

Y aunque no venga a cuento, sumemos a los ‘tocayos’ de nuestra Capital, recordados por Travieso, para averiguar de dónde proceden: el islote (?) de Video, *grosso modo* al N. E. de Shanghai y el Monte Video de la costa patagónica, para el último de los cuales, Groussac, si no estoy trascordado, encuentra, como padrinos posibles, nuestro Cerro o nuestra Capital.

(*) En la Biblioteca Nacional de Madrid, encontré en el “Arte de navegar” del maestro Pedro de Medina (Valladolid, 1545), un santoral que trae comentarios de ciertas festividades religiosas, y escribe al lado de “La purificación de nra feñora”:

“De la purificación”

“ La purificación de la esclarecida vírgen fue quarenta días
 “ despues del nacimiento de nuestro Salvador Jesuchristo. Quando
 “ ellos fueron cumplidos llevaron el bendito niño Jesus a Jerusale
 “ a prefentar lo al feñor en el templo y llevaron para dar por el
 “ en facrificio un par de tortolas|o dos palomínos| y el bienave-
 “ turado viejo jufto Símeō (al qual dío avía prometido q̄ no pa-
 “ ffaría defta vida hafta que vieffe al falvador) falio a recibír
 “ al redemptor del mundo| y puesto de rodillas adoro| y to-
 “ mando lo en fus braços díxo. Agora feñor: dexaras a tu síervo
 “ en paz| fegun tu palabra| porque mis ojos han vífto a tu hño
 “ mí falvador. ”

La transcripción, que puede adolecer de algún error de copia, no tiene más importancia que la de señalar un “dios” con minúscula; que los acentos se usan solamente para todas las íes, como en el resto del libro, siendo rarísimas excepciones el que algunas no lo tengan, agregando que *todos* los números romanos, que aparecen por millares, están en minúscula. Fuera de una serie de notas curiosas de otro género, no se menciona el “ryo de la plata”, más que a propósito del “nordeftear o noroeftear” de la aguja [que él ni entiende deba llamarse así con propiedad, porque se parte del supuesto no demostrado que el imán busca el polo del mundo, presintiéndose así la existencia de un polo magnético (?)] indicando los serios errores a que da lugar el que se tracen las cartas guiándose solamente por su rumbo, con el añadido que basándose en ella *resultan falsas todas las apreciaciones que se hicieron de las leguas recorridas.*

San Antón, derivado de otra nave, de la cual repararon un rumbo). (24)

(“Vidi” puede descomponerse Vi (Victoria) d (de) i (Triana), habiendo leído i en lugar de t). En la proximidad del Cerro habrían esperado encontrar el pasaje y quizás creyeron al principio haberlo encontrado. Nuestra Señora de la Victoria era una de las imágenes de la Virgen de la devoción de Magallanes, como luego veremos.

Hay para mí un hecho sorprendente en las denominaciones dadas por la armada magallánica: la ausencia casi total del nombre de la Madre de Dios para bautizar lugares geográficos. Casi total, porque sólo muy adelantada la expedición, y en casi tres años encontramos una isla designada Nuestra Señora de Agosto, y nótese que no son ni Albo ni Pigafetta los

(24) Francisco Bauzá, digno de admiración por tantos conceptos, entendió que “tomar un agua a la nao San Antonio” era aprovisionarla de ese elemento indispensable. Su prisa de trabajador formidable, no le permitió recordar que antes “hicieron agua y leña”, y que al tapar el rumbo estarían en agua, por lo menos, salobre. No recuerdo el hecho para señalar errores, de que no escapan los más grandes maestros, sino para que se disculpen los muchos en que habré incurrido yo mismo.

Y aunque tampoco venga a cuento: esto del agua salobre me recuerda una de mis muchas “fantasías”, al querer descifrar la “adivinanza” de Monte vidi. *Pero López de Souza* nos habla de un río, que debe ser el Solís grande, que él llama de los “Begoninas” o algo así, por una tribu de sus márgenes. Como Groussac lo recuerda, los indígenas elegían a menudo como totém (y tomaban su nombre), algún animal de la región, por donde este curso, podría, desde el primer momento, ser uno de los innumerables ríos de los Patos (¿Begonina, Biguá, zamaragullón, cormorán, pato?), y de antiguo identificarse con aquel río, que estaba en medio del Cerro y del Cabo de Santa María.

El fuimos “*toda-vía* por agua dulce”, puede leerse fuimos *siempre, todo el camino*, y referirse únicamente a la navegación después del Cerro; donde las aguas son a menudo (?) casi dulces, aunque no sea de excluirse el caso, por excepción, en un meridiano mucho más oriental.

que fijan el hecho. Entretanto Magallanes era un siervo devoto de María. Entre las cláusulas de su testamento se lee (Rvdo. Padre Pastelles, “Descubrimiento del Estrecho de Magallanes”) “que si fallesciere” en la cibdad de Sevilla, “su cuerpo sea enterrado en el Monesterio de Nuestra Señora de la Victoria que es Triana, e si fallesciere en el dicho viaje, en la iglesia mas proxima de la adbocacion de Nuestra Señora.” En el testamento de El Cano también encontramos referencias a las vírgenes de Iraunyraunza y Aranzani.

Pigafetta nos habla de Nuestra Señora de la Guía, a quien hicieron votos, por cuyo cumplimiento fueron al regreso con los pies descalzos a visitar el Sanatorio, y de Santa María la Antigua.

En su Diario, un 8 de diciembre se celebra con gran aparato, la fiesta de la Purísima, y en otro nos dice cómo sólo debió la vida a la intercesión de la Santísima Virgen.

La Inmaculada Concepción es la patrona del viaje, y una de las naos lleva su nombre. Ante su imagen juran solemnemente en Sevilla cumplir su cometido; “diego Fernández” la pintó en un estandarte (que llevaron, con seis de la insignia de Santiago y otro con las armas reales).

Encontramos dos “Monte Cristo”, por lo menos, uno en la costa patagónica, otro en la isla de Mazaua, en ocasión de levantar cruces en ellos.

¿Cómo explicar el olvido incomprensible de la Virgen? A mi entender, *porque las abreviaturas amalgamadas nos impiden reconocer su mención*, más de una vez. Me propongo volver al examen de los nombres que como Virano o Biraham pueden referirse a la Virgen de la Antigua o a la de Iraunyraunza o Aranzani, o como Biga a la Virgen de la Guía. Buscaré en España los días aniversarios de las distintas imágenes. Sin perjuicio de recordar que ciertos nombres de islas pueden ser originarios del Pacífico, ya que los propios diccionarios de Pigafetta están llenos de nombres análogos.

No era necesario, para bautizar un sitio por un Santo, que llegaran a él en su día: El Cabo de Ramos fué llamado así, por haber sido descubierto la víspera de esa festividad; no sabemos, fuera de las razones de similitud topográfica su-

puestas por Groussac, cuál de los tres Santos Julián, celebrados por la Iglesia durante la invernada, es el patrono del puerto patagónico de ese nombre, etc., etc.

Nada más natural que en el lugar donde indudablemente supusieron que tenían en frente el Mar del Sur o estaban muy próximos a él, celebraran, con el nombre de su Santa protectora, el término feliz de la primera parte del viaje. Habían pasado ese Cabo que, con un nombre conmovedor, se llama en el mapa de Turín (1923), de Santa María de los Deseos, porque en él se cifraban esperanzas que Sebastián Caboto, al insistir en la búsqueda del pasaje, no creía defraudadas todavía. Contemplaban al Oeste y casi al Norte, la extensión ilimitada de las aguas; en el júbilo del momento, *debieron recordar* a la imagen que los guiaba. Y si el nombre fué dado de entrada, no se olviden los terribles peligros que corrieron antes de avistar el Cerro y que era el caso de recordarla ("después de haber sido salvados por su intercesión" pudiera haber dicho Pigafetta).

En el diario de Albo se dice, al entrar a nuestras aguas "y en derecho del cabo ai una montaña hecha como un sombrero, al cual pusimos nombre Monte vidi." Parecería que el nombre fué puesto de primera intención al descubrir el Monte. Nada obsta a que asimismo el nombre hubiera hecho referencia a la Inmaculada; pero es de suponer que como para muchas otras, la designación fuera dada después.

Ya hemos dicho que el Diario de Albo, sobre todo en esta parte, no es tal propiamente, sino un resumen *a posteriori*, hecho, si se quiere, inmediatamente a la salida del río; pero no día por día.

Las páginas del manuscrito traen (donde yo en la copia he puesto un guión), al principio de ciertos párrafos un signo, que me hace suponer que si este Diario fué llevado tal como llegó hasta nosotros, Albo hacía las anotaciones con intervalos de a veces algunos días. El párrafo primero, por ejemplo, resumiría los acontecimientos desde el martes 10 de enero hasta el 3 de febrero inclusive, y habría sido redactado (¿mediante apuntes?), en esta última fecha. Así se explicaría la forma pasada le "*pusimos nombre*", aunque éste hubiese sido puesto el 2 de febrero.

Veamos otro párrafo: “i fuimos de alli boltando de un
“bordo i otro con vientos contrarios hasta que venimos en-
“vista de Monte vidi i esto fue a 2 dias del mes de Febrero
“dia de Nuestra Señora de la Candelaria i a la noche sur-
“gimos a 5 leguas del monte y nos quedava”, etc.

El bautizo debió producirse el día 2 de febrero. Para quien lea este diario en su totalidad, junto con los de sus compañeros como Pigafetta, se sobrentiende: “venimos en
“vista del monte y era el dos de Febrero, y por ser ese el
“dia de la Candelaria le pusimos por nombre al Monte:
“Vidi.”

Podría dar una larga lista de casos en que Albo no se creyó obligado a explicar el por qué de la designación elegida, cuando otros lo hacen. En este caso se repite el fenómeno. Si los diarios de Pigafetta, o el “genovés”, hubieran llegado íntegros hasta nosotros, con seguridad encontraríamos allí esta explicación que damos.

Estos argumentos son todos aplicables a la hipótesis muy posible de “*Vi día Candelaria*”, pero no dejaré por ello de desarrollar ésta de la *Inmaculada*, pidiendo que quien prefiera, como prefiero yo, la primera, los acepte igualmente. Si insisto en la de la Inmaculada es porque requiere una argumentación privativa, que sale de lo que podríamos llamar general u obvia, una vez que se indica la pista.

¿Por qué se referían el 2 de febrero a la Inmaculada, cuya fiesta recae el 8 de diciembre? Por ser la protectora de la expedición, y porque en el día de la Candelaria se tiene muy presente a la Inmaculada en su privilegio de tal.

La Candelaria es el día de la Purificación de Nuestra Señora. La ceremonia de la Purificación es enseñanza de la Iglesia sobre la cual insiste hoy todavía, indispensable para las mujeres judías después del parto, era innecesaria en realidad para la “Siempre Virgen”. Sus panegiristas subrayan cómo, sólo por humildad se sometió a ello la “Inmaculada”. En el concepto de la época hubo motivos suficientes para recordar a la que era, ante todo, la salvaguarda de la expedición.

Hay otros argumentos para reforzar a un tiempo esta hi-

pótesis (junto con la de “*Vi día Candelaria*” o “*Virgen de Candelaria*”).

El nombre de Puerto de la Candelaria, a mi entender, le corresponde al de Montevideo. Yo creo que el “cronista”, al referir el viaje de Solís, del cual quedaron tan pocas noticias, usó, como alguien entiende, nombres que fueron dados en realidad posteriormente; quien debió dar esta denominación al puerto de Montevideo fué Magallanes, sea porque bautizó el “*Monte de la Inmaculada*” o de “*la Candelaria*” en ese día (o sea porque el monte fuera en realidad “*Vi día Candelaria*”). Tenemos de ello una presunción fortísima en las palabras de Albo.

Pero demos por admitido que fué Solís quien llamó de la Candelaria a un puerto. Si ese puerto fué el nuestro, se explica con mayor motivo la impresión religiosa de Magallanes y sus compañeros en la feliz coincidencia de llegar a la vista del Monte y en el aniversario de la Virgen de la Candelaria a su propio puerto.

Nada prueba que el puerto de la Candelaria de Solís fuera el de Maldonado. El argumento de que esté situado, según Herrera, en 35 grados, nada significa, y es inconcebible que haya sido hecho por personas de tanta capacidad. Si hiciéramos una lista de las distintas latitudes atribuídas a puntos de nuestra costa en el curso de varios siglos, nadie daría ya importancia a la latitud señalada por Herrera. ¿Cómo exigir, en los albores del siglo XVI, una precisión matemática con instrumentos rudimentarios y los errores visibles (hasta aritméticos), a cada instante? Tan en los 35 grados podía estar para Solís, Maldonado como Montevideo.

Las alturas del Sol se tomarían a bordo, (25) una vez más

(25) No quiero detenerme a disertar sobre ciertos hechos que me indica el teniente Delacroix, y que, glosados, con ayuda de Joaquín Bensaude y ciertas publicaciones del Archivo de Indias sobre la Casa de Contratación, cuyo autor se me escapa, pudieran ser muy interesantes.

Baste decir que en el otro hemisferio las Guardas del Norte darían, a principios del siglo XVI, aun de noche, a los navegantes, referencias seguras y medios de corregir su posición, pero en el

lejos, otras más cerca de la costa al avistarse un monte, por ejemplo, sin necesidad de la precisión posterior de ascender a su cumbre o medir la distancia. Para Magallanes mismo, el “*Monte vidi*”, estaba en los 35°. ¿No nos dice Albo, que a los 35° estaban en derecho del Cabo, y que en derecho del Cabo hay una montaña? con el añadido inexacto cuanto se quiera, (26) de que la costa corre “leste oeste”? ¡La montaña hecha como un sombrero estaba para Albo también en 35 grados! Agreguemos a esto la señal de las tres islas (los tres “mogotes” de años después), y tendremos base para admitir que el puerto de Solís es el de Montevideo.

¿Por qué entre tantas interpretaciones, no prefiero, en este caso, por ejemplo, “*Vi dia Inmaculada*”, en lugar de “*Virgen de Inmaculada*”? Aquella hipótesis de “*Monte verde*” me hace creer que llegó a ella, por haberse encontrado alguna vez la sílaba inicial de Virgen en una abreviatura. Por ello pudiera también leerse “*Virgen de la Candelaria*”. (Me

nuestro sólo podrían guiarse por el Sol, determinándose la latitud nada más que a mediodía. El paralelo de un sitio al cual se llegara antes o después de esa hora, sufriría de la incertidumbre del camino recorrido y de los rumbos sinuosos, determinados por la necesidad de utilizar el viento como único motor, siendo la velocidad *ocultamente* acrecida o retardada por corrientes desconocidas; sin perjuicio de que las coordenadas de un monte, p. ej., se determinaran tal vez al avistarle, hoy o mañana, a una distancia distinta, sin la precisión de ascender a su cumbre para reconocerla. Agréguese que por más noticias disponibles sobre la declinación del sol,—y está por demostrarse que siempre fueran exactas para cada día y para cada año,—los errores posibles debidos a la refracción no corregida, podrían alcanzar *hasta treinta millas*. Pero, ¿para qué insistir, cuando ya *muy entrado* el siglo XVI, aun se discutía la precisión de ciertas coordenadas del “Patrón de Indias” y se señalaban discrepancias de latitud, que llegaban nada menos que en las Antillas, al Norte del Ecuador, a los 3 grados, y en el mismo Mediterráneo se anotaban algunos errores muy serios?

Creo haber dado en otra parte un ejemplo en la ubicación del Cabo San Antonio.

(26) Delacroix entiende, sin embargo, que hoy mismo, podría usarse una expresión análoga, y que para los marinos la costa corre, efectivamente, “leste-oeste”.

remito a cuanto dije antes sobre la palabra *Vr̃di* con un punto sobre la r, etc., por donde “vi” puede reemplazar a “vir” y significar “virgen”).

En todas estas pistas de “*Vi-dia-Candelaria*”, “*Virgen de Candelaria*”, Monte de “*Inmaculada Concepción*”, completo la palabra vidi con una c. El nombre originario debió ser “*vidic*”; pero como la c y la o en la escritura manuscrita se confundieron durante largo tiempo (por escribirse a veces la o abierta sobre un costado, y otras, sobre todo, en forma idéntica a la c), debió suceder que, cuantos no entendieran el significado verdadero, leyeran “*vidio*”, que para los portugueses parecía significar algo. De allí era forzoso que éstos, *los portugueses*, pensaran inmediatamente en “*Ovidio*”, que sólo podía ser el Santo; (sin perjuicio que el Monte fuere considerado Santo, o por la cruz que llevara, o por su consagración a la Virgen, aunque ésta hubiera sido ya olvidada). Cuando más tarde, el nombre, en la marcha *de una evolución que no se ha detenido todavía*, (27) pasó de los portugueses a los españoles, transformado ya en Monte *Vidio*, ¿qué debía suceder? Que sin conocer las *etapas anteriores* (Santo Ovidio y Ovidio), los españoles cultos, al buscar el sentido que la palabra debiera tener, pensaron en que ella era, mal escrita, el presente de indicativo de “*videre*” y la

(27) Si las contracciones del nombre *Monvedio*, *Monvidio*, que tuvieron su momento, no prosperaron, a pesar de todas las lógicas, no sería imposible que una “anglización” futura, nos impusiera el “Monte” (Mount) que usan todavía nuestros estancieros ingleses y señalaba hace 50 años Hudson en “*The purple land*”. O que, peor todavía, la “yankización” nos impusiera el M. V. (pronunciase Em Vi), que usan los “estadounidenses”. Montevideo, “*llamado así por los portugueses*”, según Ruy Díaz de Guzmán, al paso que confirma indirectamente el hecho de que los lusitanos hicieran predominar en el nombre la devoción de Santo Ovidio, no es sino la consecuencia de haber ellos dominado y retenido durante mucho tiempo la navegación por la costa septentrional del río, y el ejemplo de lo que influye una hegemonía más o menos disfrazada. (J. M. Fernández Saldaña me señalaba, además, la tendencia popular, cada vez más extendida, de *llamar* (oralmente) a nuestra ciudad “*Montividio*”).

corrigieron escribiéndola video. O si se quiere: que antes se hubiera producido la transformación popular del “*vidio*” en “*video*”, por el fenómeno explicado por Groussac (“*lidio-lideo*”, “*envidio-cnvideo*”), y que los doctos, latinizando sólo entonces el sentido y pronunciando esdrújulo el vocablo, lo tradujeron como queriendo significar: “*Veo un Monte.*”

El resultado inevitable era la suposición recogida por Inca Concolorcorvo y la leyenda del vigía.

Un rastro de que el nombre debió escribirse con cinco letras, lo encontramos en el término usado en algún mapa: “*vidis*”. La *c* y la *s* tienen algunas formas idénticas también; donde estaba la primera letra pudo leerse la segunda, con lo cual se le daba también un contenido lógico a la palabra (que nos recuerda aquel “*vieres*” de más tarde. Véase la cita de Hernando de Montalvo).

“El manuscrito de Albo”.

Quiero señalarles, para terminar, la notación del manuscrito de Albo, que el doctor Gustavo Gallinal nos hará el obsequio de entregar al Instituto Histórico. La primera vez que en él se escribe “*vidi*”, es con un trazo horizontal sobre la *i* final: “*vidī*”, signo manifiesto de una abreviatura. Tengo contra mí: 1.º el hecho de que la abreviatura de “*grados*” en el mismo documento es enérgica y definida, al contrario de ésta donde puede haberse corrido la pluma, y 2.º el de que las dos veces más que se escribe la palabra, ese trazo no existe, pero el copista que al principio lo reprodujo, acaso, mecánicamente, lo habría suprimido después (?). Me propongo interpelar al Archivo de Indias, sobre si la primera forma basta para hacer presumir una abreviatura, y a pedir se examine, si en la totalidad del manuscrito, y especialmente en las palabras análogas, hay algún otro rastro de la misma especie.

Si hubiera en el “*vidi*” una presunción de abreviatura, podríamos pensar tanto en la *n* que pudo encontrarse inmediatamente después de la *i* segunda de “*vidi*” (en las pistas de inmaculada, destas indias), como en cualquiera de las

otras abreviaturas imaginadas por mí o en una diferente que se obtuviera por cualquier otro medio.

Tendría que hablar, aunque ligeramente, de otros problemas incidentales:

He dado por supuesto que el Cerro es el "Monte Vidi", por cuanto parece desprenderse del propio Diario de Albo, al decirnos que "está Norte-Sur con el cabo de San Antonio." Eso sería decisivo.

Pero, ¿dónde estaba el cabo de San Antonio? Estamos por saberlo todavía. No sabemos si en la Punta Rasa o en la Punta de Piedras, entre cuyos paralelos hay 55 millas de distancia.

Si quisiéramos averiguarlo por la latitud que le dió Albo, 36°, estaríamos lucidos, porque la "Punta Rasa" está 22 millas más al Sur, y la de Piedras 33 millas más al Norte del paralelo 36.

No sabemos si cuando los expedicionarios nos decían que estaba Norte-Sur con el Cerro, a pesar de los conocimientos de la declinación magnética, la corregían. Si no la corregían, si desde la "Punta Rasa de San Antonio" hay 17 grados de declinación al Norte, para enderezar el Cerro, hay, en cambio, desde la Punta de Piedras 53°, habría que decidirse por la primera para ubicarse, aunque fuera groseramente, en el meridiano del Cerro, o sea Norte Sur con Monte vidi.

Pero no debemos incurrir en el error que reprochamos a los comentadores del viaje de Solís. Como es tan difícil, por la escasez del agua, aproximarse a la "Punta Rasa", debemos admitir que el cabo de San Antonio de Albo es la "Punta de Piedras", sobre todo, por la distancia que indica (?). Magallanes, antes que otros, pudo haber incurrido en el mismo error en que incurrieron, sin ir más lejos, en los planos del Río que tenemos aquí, Bougainville y Silvestre da Silva Ferreira: éstos colocan la "Punta Rasa" *casi* en el meridiano, frente a "Punta del Este", y la "Punta de Piedras" *casi* en el meridiano del Cerro Grande. De modo que, a pesar del error formidable, podemos pensar que el Monte que estaba

Norte Sur con el cabo de San Antonio (Punta Piedras), era nuestro Cerro.

Si leemos "Manuales de navegación", la historia de los viajes y las referencias de quienes visitaron el país (lo sabemos nosotros todos por la práctica), lo primero que se divisa al llegar de Europa, lo primero que salta a la vista, no es el Cerro; es el grupo de Pan de Azúcar, y muy especialmente este último, que se percibe a una distancia enorme.

Cabe todavía la posibilidad, y creo que el doctor Ferrés me habló algo del asunto, de que se puede discutir si el "Monte-Vidi" es el actual Cerro o el Pan de Azúcar. Tenemos la indicación de que estaba hecho como un sombrero. (28)

El Cerro tiene forma de sombrero en el concepto común de la época y en el concepto náutico de "cabrestante" (donde se arrollan los cables), que también se llama sombrero.

En el primer caso, y recordando aquellos "sombreros vejados" del testamento de J. S. de El Cano, podríamos pensar que, revestido de árboles, el Cerro presentara ese aspecto. Pero los expedicionarios pensaron, acaso, más en la analogía con el artefacto náutico, que con la prenda de vestir. Y si en lugar de estar cubierto de árboles el Cerro, hubiera estado tan sólo coronado de ellos, la forma de cono truncado, con una cúspide acampanada, agregaría más eficacia al símil.

La forma de este sombrero náutico identificaría aún más el "Monte vidi" con el Cerro de Montevideo.

Por fin, la tradición, de la cual hemos renegado antes con el Vigía, nos enseña lo mismo: "Monte-Vidi" es el "Cerro Grande". (29)

(28) El doctor Carlos Ferrés me hizo conocer a este propósito, una carta del Padre Cattaneo (17..) en que éste se refiere al Cerro, describiéndolo como un Pan de Azúcar. Dicho sea sin anticipar nada sobre la opinión que el doctor Ferrés tuviera sobre el punto.

(29) Empleo de propósito este calificativo, que usa el general José María Reyes entre otros, por oposición al Cerrito, cuyo nombre fué "Montevideo chico o chiquito", mientras su hermano mayor conservaba todavía el de "Montevideo".

¿POR QUÉ PISTA ME DECIDO?

Si hubiera de elegir entre alguna, no tengo reparo en declarar que además de “vidi”: notación náutica “*en una figura de la costa*”, prefiero entre todas, alguna de éstas:

Vi (o vimos) Día Candelaria

o su variante:

“*Virgen de Candelaria*”

después de haberme inclinado a Virg. de Inm. y Mõt. VI.d.Y.

APÉNDICE

Como resultado de mis conferencias con el señor Pedro Torres Lanzas y el señor Francisco Navas, Director y Subdirector respectivamente del Archivo General de Indias, transcribo en resumen, cuanto respondieron a mis preguntas:

“ El guión sobre la segunda i de “vidñ”, si la palabra
“ fuera *considerada aisladamente*, podría indicar una n in-
“ mediata, lo cual daría por resultado “*vidin*”. Pero den-
“ tro del documento y en virtud de la falta de significado
“ de esta palabra, debe leerse en lugar de “*vidin*” literal-
“ mente “*vidi*”, pretérito del verbo latino “*video*”, sin
“ contar con que la forma “*vide*” se usa hoy todavía en
“ lengua popular en la expresión: “yo lo vide, yo la vide”.
Como lo anticipé yo mismo, “se opone *paleográficamente*
“ a la existencia de una abreviatura el hecho de estar las
“ otras de la misma página escritas como tales, *clara y vi-*
“ *gorosamente*, y el de repetirse el vocablo dos veces, sin
“ ninguna indicación superpuesta.

El señor Pedro Torres Lanzas, con mucha amabilidad expresa, sin embargo, que mis inducciones, fuera del terreno *paleográfico*, no pueden, *prima facie*, considerarse posibles.

Agrega el señor Navas: “Que el manuscrito es manifiesta-
“ mente del siglo XVI, de fecha muy próxima a la realiza-
“ ción del viaje, siendo necesario un peritaje caligráfico pa-
“ ra certificarlo (“que las palabras 15 días deben leerse así,
“ y no 25 días”; “que los signos marginales del manuscrito
“ indican simplemente principio de párrafo, y que “por lo
“ que respecta a la fidelidad de las versiones del “Diario
“ de Albo”, considera superior a todas la de la Colección

“ de Documentos publicada por la Compañía General de
 “ Tabacos de Filipinas.”

Dejando al tiempo la solución de todos los distintos puntos, he solicitado fotografía íntegra del “Diario de Albo”.

Observo a mis distinguidos informantes que “*vidi*” pudiera, por de pronto, ser también abreviatura de “*vidimus*” y de “*videbit*” (?) que se ajustarían a la notación náutica “*avistamos*”, o a una expresión análoga a la usada por algunos, y que podría ser: “el marino *verá* un monte.”

El Rvdo. P. Rafael Núñez, de la Biblioteca Colombina, quien ignora por completo mis fantaseos, al hablarme de abreviaturas, me explica que, fuera de las que pueden considerarse académicas o clasificadas, existen otras en número ilimitado. “Cada vez que se entre al estudio de un manuscrito, la dificultad consiste en saber a qué método, casi siempre personal, se ciñe el que escribió; después de las primeras páginas, y conocido el *sistema*, se puede confiar en absoluto en que todo el documento se amoldará al adoptado al principio, ”

Al mostrarle la abreviatura textual de Pigafetta,

“Cap. da le ij. m. vir.”

me confirma que nos encontramos en presencia de un método personal, y que él no hubiera podido descubrir la notación del número romano, ni, por consiguiente, adivinar el significado del “Cabo de las Vírgenes”, de no tener otros antecedentes. Y que la numeración romana “se solía (y con ello repitió sin conocerla, una objeción y una frase del señor Navas), escribir con mayúsculas”, con el añadido de que era casi imposible reducir a reglas la forma en que se usó dicha numeración.

Será, pues, necesario, a quien adopte la pista de Monte Sexto, demostrar con cuánta frecuencia los marinos de la época, en portulanos y obras de toda clase, usaron las minúsculas para la notación romana; yo he dado ya, y me felicito, los ejemplos de Pigafetta, Juan de Lisboa y Medina. Será preciso también no olvidar la influencia que la congregación de gentes de tan diverso origen en la expedición, pudo

tener sobre la forma de escribir, hállese de numeración, abreviaturas o de cualquier otra cosa.

Sevilla es un ejemplo vivo, y me confirma una vez más en la importancia que la Concepción de la Virgen tendría para Magallanes y sus compañeros.

Sevilla hizo votos de defender, siglos antes de la afirmación dogmática de Pío IX, a la “Purísima” en su carácter de tal. Es cierto (lo encontré en la “Inmaculada Concepción” de Serrano y Ortega, Sevilla, 1893, y me lo confirmó indirectamente don Pedro Torres Lanzas), que el término Inmaculada fué autorizado por Roma para los cultos, sólo en 1819, pero ello no prueba que corrientemente no se usara antes: creo recordar que el propio Pigafetta (mérito o no del traductor), ya lo usaba, pero nos basta con las numerosas inscripciones “*sine labe concepta*” (refiéranse al “pecado original”, o a la “encarnación”) de que está llena la ciudad de María Santísima, para afirmar que (sin autorización de Roma para el culto), la convicción de sus devotos viene de muy lejos. (Quien se interese podría recurrir a la polémica secular de Domínicos y Jesuítas).

En todo caso, puede transformarse la pista de “*Monte Virgen de Inmaculada*” en “*Monte Virgen de Concepción*”, con los mismos argumentos, en parte, que para la de “*Monte Vi día Candelaria*”, o “*Virgen de Candelaria*”.

El culto de “*Nuestra Señora de la O*” (en la Parroquia de la O) en Triana, en la vecindad de “*Nuestra Señora del Buen Aire*”, dará argumentos a quienes prefieran la pista: “*Virgen de O*”.

Vi de O, Señora Virgen de O; Santa Virgen de O (S. Vi di O) tendrían un leve punto de apoyo en que en un almanaque de Sevilla, de 1519, fecha de la expedición, figure “*Sacta maria dela .O.*”.

Aparece así en el que trae ese año la misma ciudad de Sevilla, el libro de Martín fernández enciso, precediendo con las materias relativas al “cuerpo fperico”, a la “*Suma de geographia, etc.*” (1)

(1) Si mal no recuerdo, la Biblioteca Nacional de Montevideo, tiene de Fernández Enciso una edición posterior que se limita a

Confieso que así esta “pista” no se presenta mal, especialmente si se tiene en cuenta que en otros almanaques, esta festividad no figura, p. ej., ni en Regio Montano ni en Abraham Zacuto, y el hecho de incorporársela a los almanaques de uso de los marinos, nunca muy completos, haría suponer que por ese tiempo, en Sevilla, por lo menos, la festividad hubiera adquirido cierta importancia, y estuviera de “moda”.

Es innecesario recordar que habría que admitir que para esta pista el nombre primitivo debió ser “*vidio*”, con lo cual se pasaría más pronto al Santo Ovidio portugués.

Como en todas las pistas, y por si así se diera con una prueba, no está demás intentar leer en el “Seredo” holandés (2) una mención a esta Virgen, y ya que no debo pararme

la “Suma de Geographia”. Es de notar que, aunque en el “cuerpo esférico” se haya mencionado como máximo de latitud meridional alcanzada, la de 35 grados en el Cabo de Santa María (y longitud occidental máxima la del “puerto delas figueras”), no se hable para nada, en la descripción del mundo, de un río tan importante como el ya entonces visitado por Solís, ni mucho menos del Puerto de la Candelaria: de todo lo cual podría deducirse que, o bien se mantenían secretos los resultados del viaje del “*infortunado*” piloto, o que éste... no había bautizado el Puerto de la Candelaria y que este nombre fué dado por Magallanes a Montevideo. (*)

Es bueno para rectificar, si fuera del caso, los cálculos de la navegación magallánica en nuestras aguas, que Fernández de Enciso dice textualmente que: “cada vn grado esta taffado en diez y “ feis leguas e media e un fexmo de camino.” Entiendo que todos (?) cuantos hasta ahora han querido reconstruir la jornada magallánica en el río, se basaron en leguas de 17 y 1½ el grado... a menos que las palabras transcriptas traduzcan un concepto erróneo de las dimensiones del globo.

(2) Para el “Seredo”, entre tanta suposición, cabría también la de una metamorfosis de S. vidio o vedio, pasando por Sevedio (Sé. vedio).

(*) El señor Groussac, que entiende que Maldonado es el Puerto de la Candelaria, se dejó llevar, sin embargo, (tal vez por el recuerdo subconsciente del Diario de Albo), a afirmar, una vez por lo menos, que Magallanes llamó de la Candelaria al Puerto de Montevideo. No lo señalo como una contradicción, sino para subrayar cómo aún para espíritus prevenidos cabe la posibilidad de la interpretación.

en conjetura más o menos, recordar que, en Madrid, se venera, con el nombre de Virgen del Olvido, una antiquísima imagen de la Concepción, y que en Burgos la Virgen de Auca o de Oca (Montes de Oca), se confunde en el pueblo con la de la O.

En la Biblioteca Colombina, en la ilusión de encontrar algo parecido a lo que el testamento de J. S. de El Cano menciona como “un libro llamado almanaque en latín”, hojeé a Regio Montano y a Abraham Zacuto (el primero con notas autógrafas de Cristóbal y el segundo de Hernando Colón), y fuera de algunas observaciones interesantes sobre las abreviaturas del santoral, encontré en el segundo (que no conocía, a pesar del facsímil que, *obtenido sobre una edición distinta*, debe tener nuestra Biblioteca Nacional), una lista de coordenadas geográficas de los lugares del Occidente. Ella me sugiere que, como en Juan de Lisboa, deben existir listas análogas, en los “Artes de navegar” u obras parecidas del siglo XVI. ¿No se encontrará en ellos, algún día, un “Monte Sexto”, por ejemplo, en los parajes del Río de la Plata, o un “Monte de la Concepción”?

Las obras de esta clase deben ser examinadas con esa intención, aunque el Puerto de la Candelaria, mencionado por Herrera (con el hipotético *Monte Vimos día Candelaria* que supone), puede excluir cualquier otro hallazgo.

De algunos libros que con este propósito he hojeado, en ediciones de principios del siglo XVI, la IMPRESIÓN VISUAL FORMIDABLE recibida, es la de que *un marino de la época*, no vacilaría un instante en considerar que el “vidi” en minúsculas DEBE SER una advertencia náutica, principiada con un número romano sexto o seis. Y a pesar de la coincidencia feliz de la colocación ordinal aparente de nuestro Cerro, he encontrado otra “posibilidad” para el número seis.

Francisco de Seixas y Lovera, en su “Descripción Geographica y Derrotero de la Region Avstral Magallanica”, en el Título XXVIII: De las declaraciones del Sol, etc., al explicar cómo el navegante puede formar sus propias tablas de declinación, escribe: “pero defde el Rio de la Plata hafta “ el Estrecho de Magallanes, entrando por el adentro para

“ toda la Cofta de Chile, hafta el Callao de Lima y Paraná,
 “ se *devera igualar la fexta parte*” (subrayo las últimas palabras).

Es cierto que la obra de Seixas y Lovera es de 1690 (?), pero Magallanes, para mí el mayor de todos los navegantes, igual en ciencia a los mejores de su tiempo, ¿no habría descubierto el hecho en nuestras aguas?, ¿quiso señalarlo en una fórmula secreta: “*sexta deberas igualar?*, ¿*sexta declinación?*...”

Debieran contestar marinos profesionales, que, olvidados de lo que hoy conocen, se transportaran *in mente* al pasado, y se debiera, — no me cansaré de repetirlo una vez más, — buscar si el “Seredo” holandés no encierra una traducción, y si otras designaciones geográficas “holandesas”, en los parajes donde la ley astronómica recordada por Seixa y Loveras varía, no encierran un concepto análogo.

Vuelvo hoy, ¿por cuánto tiempo? a considerar muy seria la primera de mis pistas: “*Monte Sexto*”... o “*Monte Seis*”... El señor Benjamín Fernández y Medina, nuestro Ministro en Madrid, me confirma, sin quererlo, en esta veleidad, con el dato de que en un mapa, que no puede precisar, ha encontrado el Cerro o la ciudad (?), designado por VI simplemente..., pero como siempre, para mantener la confusión, “ví” es también traducción del latín “vidi”.

En Sevilla, nuestro Cónsul, el doctor Segismundo López de Rueda, a quien tanto debemos los uruguayos, me ha permitido encontrarme en letras de molde la hipótesis

“Monte vi Dios”

que yo imaginé en una nota.

El señor Américo Castro me enseña:

1.² Que “nombre” tuvo el sentido de número en el siglo XII en el Poema del Cid, donde se emplean las palabras “*averes a nombre*” por “*bienes en cantidad*”; pero que en el siglo XVI ya estaba concretado a su significado actual. A mis observaciones sobre el rastro que pudiéramos encontrar en la forma “nubre”, y en la frase “*ponerle nombre a*

una cosa’, en el sentido de ponerle precio, frase análoga a la que todavía se usa en España y entre nosotros: (‘‘¿cómo se llama?’’), insiste en que ellas no cambian para nada lo dicho; que si no hay duda que en cierta época los romances francés y castellano se confundieron, la significación francesa del vocablo desapareció muy pronto de nuestro idioma.

2.º Que ‘‘*vidi*’’ por ‘‘*vi*’’ se usa todavía en el leonés, en Zanabria, provincia de Zamora.

3.º La transformación del ‘‘*vidio*’’ en ‘‘*video*’’ corresponde, no a un fenómeno rioplatense, sino general del idioma. (Por ‘‘corrección’’ para hablar como la gente culta, el vulgo, a quien se enseña a no decir ‘‘pior’’ o ‘‘soldao’’, acaba por decir ‘‘lideo’’ o ‘‘bacalado’’).

4.º Que sin haber estudiado el punto, para él, la etimología del Cerro está indiscutiblemente en ‘‘Montem Video’’ y zanjada por la leyenda del vigía. No conoce el libro de Travieso que le prometí.

El señor Américo Castro, algo espantado de mis suposiciones, me pide examine más despacio el problema. Confío en que, a pesar de los ‘‘coscorrones’’ científicos que yo pueda merecer, mi publicación servirá para que tengamos muy pronto un nuevo dilucidador del problema, o podamos reunir para ello a las cátedras fundadas en Buenos Aires, por el propio señor Castro, gran amigo de ‘‘*Hispano América*’’.

En el Almanaque de Abraham Zacuto de la Colombina (cuyo santoral está en latín, aunque las enseñanzas científicas que lo acompañan estén en romance,—¿castellano o portugués?—a diferencia del reimpresso por el doctor Joaquín Bensaude *todo en latín*), observo algo probablemente archisabido por muchos; pero, aunque ya lo presintiera, nuevo para mí y útil para la defensa de las pistas que suponen que el ‘‘*vi di*’’ comienza por ‘‘virgen’’. Nótese bien que creo haber sido el primero que señalé esta clase de pistas, así como las de *Monte Sexto* o *Seis*. Pero si la última despertó alguna simpatía en mis oyentes, aquéllas parecieron encontrar cierto escepticismo. Yo no quiero ahora, ya que a cada instante vacilo entre un grupo y otro de pistas, afirmar que éstas, o una de ellas, estén en la verdad; me preocupa sólo que se vea cómo si muchas veces parecen traídas por los cabellos, es

precisamente por no ser... tan descabelladas, y para insistir en que no se las deje de lado.

En primer lugar, encontramos los nombres en “genitivo”, sin que los preceda la calificación santo, dándose naturalmente por subentendido:

“día de Santo”... o “día de tal cosa”

haciendo más fácil la traducción (*incorrecta* cuanto se quiera, *hoy*), que hiciera escribir, por ejemplo: virgen DE concepción. (De una vez para todas, las minúsculas son regla universal en este almanaque).

En segundo lugar, Virginis (que en ciertos casos podría en las abreviaturas leerse virginitatis), se escribe indistintamente: (clare) (3) vírgínís; (margari) vírgí; (agnetis)

uírgí; (petronele); vír; (appolonie) uír; (catherine) *vg*

(es decir, una v que parece florida).

En otro caso la mención se subentiende:

un decím míliū=l solamente.

Cuando *en un impreso* se variaba así una abreviatura (*casi* siempre por razones de espacio), ¿qué no sucedería con los manuscritos? Si se admite la V mayúscula sólo como abreviación latina de virgen, ¿quién se atrevería a sostener que en el siglo XVI no se haya usado nunca en castellano y en minúscula, especialmente por los “mareantes” que así precisamente escribían (?) el signo “virgo” del Zodíaco, y que no se haya nunca escrito vi, vr o ur (4) (con punto o signo

(3) Doy con esto un ejemplo de acentos en latín, pero sólo como resultante de la necesidad de facilitar el leer las íes en los manuscritos.

(4) La abreviatura hipotética de virgen ur, puntuada o con un pequeño signo de abreviatura que se confunde con un punto o sin superposición, sería un antecesor perdido del Monte Urdeo... que, a su vez, volviendo la oración por pasiva, (y si éste no fuera una simple errata), indicaría ese anhelo desconocido, donde, como en “verde”, podríamos encontrar una presunción de “virgen”. (!)

de abreviatura, como en mr=mártir) por los mismos que escribían en el Cabo de las ij m., *vir*?

Y puesto que es necesario puntualizar: si las festividades de Nuestra Señora no llevan en este almanaque el término virge [natalís maríe; afumptío mar; conceptío ma; an-ne matris m (¡una Mariæ convertida en m *minúscula*!); poríficatío sin mención alguna], (5) no quiere decir que a ella no se le aplicara, por ejemplo, el término: Santísima Virgen, así como también, llegado el caso, los calificativos populares de la festividad: Señora de las Candelas; Nuestra Señora de Agosto, y se usaran ya, en ese tiempo, las expresiones más familiares todavía y más corrientes: Virgen de la Antigua (o de Antigua)... de los Angeles... de las Angustias, y hasta, ¿por qué no? se intentara en ese hipotético “Virgen de la Concepción”, afirmar, *forzando la mano*, a los Pontífices, el dogma que en lugar de *descender* de éstos, *subió* en realidad desde el pueblo.

Hemos visto ya en el almanaque de Fernández de Enciso (1519):

“Säcta maría dela .O.”

Ahí mismo podemos encontrar:

“Purificaciō dn̄rā feñora.”

[Nótese de paso, para seguir puntualizando (la expresión viene bien), y perdónenme los entendidos, que no es indispensable, para que la abreviatura *exista*, que vaya seguida de un punto: la regla de *hoy es una cosa*, la realidad es otra; para que no falten ejemplos variados, ahí está una .O. (que

(5) Marie, Petronele, anne y todos los genitivos análogos, deben, cuando son citados en este almanaque, escribirse literalmente con e final y no con æ, como lo hago una vez expresamente, para que se note la diferencia.

en latín no sería abreviatura y en castellano debiera serlo de Oh, precedida y seguida de un punto].

Lo que quiero *señalar*, siempre para los profanos y para mí, ya que me cuento entre ellos, no es eso, sin embargo: son las contracciones “*dela*”, “*dn̄ra*”, que me dejan, por ejemplo, en un todavía y más hipotético

Vi (Virgen) di (de o de la) O

indicar di por *de* o *de la*, si no con todo rigor, con una aproximación satisfactoria. Además, no faltan conjeturas corroborantes: por de pronto en el “Padrón de Indias”, que Magallanes llevara, y donde Pigafetta, único cartógrafo (?) de la expedición, por lo visto, anotaría en la costa septentrional del Río los nombres (?), su nacionalidad podría haber influído para poner *di* en lugar del *de*, y Albo, en su resumen de varios días, lo copiaría del mapa; sin perjuicio de que, como ya dije, se pudieran comprobar la *i* y la *e*, ni se evitaran los “lapsus calami” cuando se cometían las erratas (?) de la forma de Porificatio para no ir más lejos... a menos que ésta no fuera una palabra usada también así, como de modo distinto del de hoy, se empleaba en castellano *virgines* (lo encontramos en Albo y en Fernández de Enciso, almanaque, al mencionar: Las x j—mil vírgines, con una nueva notación, romano-castellana, y... minúscula).

El querer descifrar abreviaturas amalgamadas en el vocablo “*vidi*”, puede ser pueril o “esotérico” si se quiere; pero, una vez abierta la puerta a las abreviaturas, habrá que dejarlas entrar con traje académico... y en toda clase de “academias”.

¿No sería hasta una afectación “culterana”, por ejemplo, la de que un marino X, colocara el trazo superpuesto a una palabra *castellana*, a semejanza de lo que se hacía en latín, al notar una abreviatura, no sólo para señalar la presencia de una *n*, aun más, colocándolos mal y a su manera, como Pigafetta, que escribía once: *ij* en vez de *xi*? (6)

(6) La “*Suma de Geographia*” de Fernández Encifo, en la edición de 1530, de la cual, ¡ay! me faltan algunas páginas, trae

Si no fuera por el pecado original de la amalgama de las abreviaturas, yo me permitiría afirmar que hay más *pruebas verdaderas* en favor de “*Monte Sexto destas Indias... Occidentales*”, (7) que en favor, digamos de “*Nuestra Señora del Buen Aire*”, para la capital argentina (8); pero si

la mención: “Fué ímpreffa... en el año de la encarnación de nueftro feñor Jefu chrífto de mil r quínientos, r, x x x.” Nuevo caso de notación mixta que no había ya para qué señalar: me interesa notarlo para que, puesto que entre nosotros faltan manuscritos antiguos, pueda verse en la Biblioteca Nacional cómo hasta *en un impreso*, la conjunción copulativa se escribe en forma de r, como yo *groseramente* la copio, confundiéndose casi del todo con las *verdaderas* “*eres*” finales de palabra del mismo libro. En un manuscrito, ¿cuántas confusiones no se producirían análogas a las que imaginé basado en Muñoz Ribero?

(7) El término *Indias Occidentales* está en Fernández de Enciso (1519), por si alguien pensara que no estaba adoptado al emprender Magallanes su viaje.

(8) Si la exclamación legendaria (“Qué buenos aires se respiran”, etc.), es más dudosa, ¿quién nos asegura que no sea posible buscar el origen en otra parte antes que en la *hipótesis* de la “*Madonna di Buon aria*”?

Entre las instrucciones para asentar a un nuevo pueblo se daba la muy lógica de buscar sitios “de buenas aguas e buenos ayres”. En una época en que el clima y el mal alimento ya comenzaría, en ciertos puertos, a diezmar a los primeros habitantes, y cuando los miasmas eran la causa supuesta de muchas enfermedades, el anunciar que uno de esos puertos gozaba de condiciones más favorables, era su mejor reclamo. Al lado de la advocación religiosa el calificativo de Buenos Aires era una garantía de salubridad, sin perjuicio de que el designar, por ejemplo, que se podría fundar un pueblo “en este paraje de buenos-ayres” (usado por oposición a los puertos paraguayos o *brasileños*), diera mérito a creer que ese fuera un nombre ya adoptado.

La leyenda porteña derivada de un “*informe sanitario*”, encontraría su leyenda paralela en la del vigía, nacida de una “*simple notación náutica*”, o de un hecho que la *explica* satisfactoriamente, ya que conviene dejar bien claro que durante dos siglos no hay rastro ninguno de la imaginada tradición, ni mucho menos en el sentido de que sea una tradición *magallánica*.

Por los antecedentes de que disponemos, se concibe que, durante largos años, en la navegación de nuestras aguas, pudiera haberse

se admite la *posibilidad* de Monte Sexto sin adoptarla definitivamente, no hay para qué cerrar el camino, pongamos por caso, a la de la “*Santa Virgen de la O*” u otras análogas.

... Lo terrible es la abundancia de esta clase de pistas; para que se vea cómo pueden multiplicarse, añadamos a las... 36 anteriores:

“*Vidi* (o *Vidimus*) *O* (octava de epifania)”, o sea *Vimos o avistamos el 13 de Enero*, supliendo la fecha por el día de la solemnidad religiosa, basándonos en el almanaque de A. Zacuto.

requerido el oficio permanente de un “serviola”, que durante horas enteras y a veces días, hubiera alterado el grito de “*¡Monte veo!*”, con los resultados del sondaje: “*¡seis brazas!... ¡seis brazas largas!*”, por cuyas advertencias combinadas las naos se mantendrían en buen rumbo. No hay que olvidar que bordejeando según los vientos, y según la distancia, la exigüidad de la luz o las variaciones de la bruma el Monte “baliza” podría por momentos desaparecer, y convenía cerciorarse a cada instante de su visibilidad sobre el horizonte, especialmente cuando una nave al paio, podía apartarse insensiblemente del buen rumbo, bajo la influencia de corrientes ignoradas, a pesar de una inmovilidad aparente.

Ese grito *fué proferido* en todos los idiomas:... “*Montem Video*”, “*Monte viejo*” y hasta un hipotético y arcaico (?) “*Monte vido*” son posibles (para aumentar con este último las probabilidades de la corrupción al *Santo Ovidio*).

Como el conocimiento del Monte *era anterior* a Magallanes, este *nuevo aspecto del vigía*, puede admitirse, *si se quiere*, en el viaje de 1520, *pero no con el carácter del “tradicional”*. Pero si este hecho hubiera influido en el “bautizo”, es más natural suponer que la forma del pretérito fuera elegida en primer término: mientras se esperaba percibir el Monte, quien lo adivinara antes que los otros diría: “*He visto el Monte*”, “*Montem vidi*”, o en castellano, “*Monte vido*”, con tanto más empeño cuanto más se hubiera puesto en duda la verdad del hecho.

Pero si lo dicho, que es la glosa de algo ya expresado en la *conferencia*, explica el *nacimiento de la leyenda*, nada la prueba, y en el terreno de la “*verosimilitud*”, la “*notación náutica*” tiene la preeminencia... sin contar las otras pistas posibles.

Si nos guiamos por el de Fernández Enciso (1519):

Vimos dia “Ylario obifpo”

también el 13 de Enero. Ese “*V i d y o*” podría leerse mejor: *V id* (vidimus) i (Ylario)... o (obifpo), supliendo como en otros almanaques las palabras “día y Santo” y hasta el genitivo, que no se expresan aquí.

La pista es más “*seria*” de lo que parece. Coincide con la fecha de Travieso, y como se trata de un Santo, la “*corrupción*” a “Santo Ovidio” era fatal, y no era necesario que se diera ninguna explicación de ella, por el copista *que sabía la verdad*. No hay inconveniente en leer en ella:

“*Vi (viernes) d (dia) Y (larío)*”

De que la palabra primitiva fuera en realidad “*vidyo*”, tenemos un rastro en el hecho de la confusión de los santos... y si alguien se permite leer en ella “*video*”, no veo por qué nosotros, con más verosimilitud, no podríamos leer “*vidio*”.

Esta última forma sería siempre menos triste, a pesar del día y de la fecha fatídicos, que el

“*V (viernes) id (idibus) i (januariis)*”

que me olvidé mencionar antes..., o despertaría más “*hilaridad*”.

No contemos en Enciso “*Yginio*” por el 8, ni “*Sancta Ynes*” el 21, ni mucho menos “*Ildefonso arcobifpo*”, el 23 de Enero, ni lleguemos, por Dios, a “*Liri*” el 31, que se pudiera muy fácilmente, *mediante confusión de letras*, tomar por “*virí*”. (9)

(9) Es claro que los “capellanes” de las naos tendrían santorales más completos; si cito los de las obras de navegación, es porque serían más conocidos por los marinos, y como suelen ser bastante poco nutridos, traerían las fiestas de más importancia. No se me oculta que perjudico, con tanta suposición, mi pista definitiva (?), pero debe pasar por la prueba de fuego, o librarse de la inundación de sus congéneres.

¿Quién me habrá metido a mí en este baile de San Vito? (¡!).

—“¡Basta! ¡Basta!”, como gritan angustiosamente en los circos cuando la *prueba* de las volteretas en el trapecio se prolonga demasiado.

No hay duda que el “vigía” se venga cruelmente conmigo, por haber negado, aunque sea provisoriamente, su existencia. A propósito, ¡otra más! “conocida” esta vez: “*Monte vigía o del vichadero*”, cuya defensa haré otra vez y cuyo autor puedo citar.

Vayan a la prensa estas “Pistas y sugerencias”, con todas sus herejías históricas y errores de toda clase. Algunos fueron suprimidos, cediendo a un argumento del señor Horacio Arredondo; no insisto ya, v. gr., en ciertas conjeturas relativas a determinadas “Montañas de la Concepción”, y de tener un poco más de acuerdo, debiera borrar las relativas a los nombres “filipinos” comenzados por “vi” o “bi”, que pienso ahora, mejor documentado, son manifiestamente indígenas..., y algo de cuanto dije respecto al “cabrestante”, donde tomé la parte por el todo, sirviendo tal vez lo dicho para el caso de que sólo se tratara del bosque. Pero, ¿qué iría quedando?

(Citemos a Alonso de Santa Cruz): “Resta agora rogar
“ amigablemente a los que esta obra leyeren que reciban de
“ mi la buena voluntad con que en ella me he trabajado
“ y si en alguna parte hallaren descuydo o hierro algunos
“ benignamente me avisen de ello o catholicamente lo suplan
“ y enmienden...”

¿Hasta cuándo seguirán las hipótesis “conocidas”, y mis pistas vagabundeando, como los personajes de Pirandello, en busca de autor o de pruebas?

A mí guárdeme, ¡pobre pecador! Nuestra Señora de... Irunyraunza (!) y ¡ampáreme bajo su manto la Virgen del Olvido!

Pero, entretanto, ¡“dichosa la ciudad a cuya vera se levante un Monte!”

Mis amigos, los doctores Agustín A. Musso y José María Fernández Saldaña, se encargan de la publicación destinada exclusivamente a cuantos, muy pocos, asistieron a mi conferencia, y a aquellos que, acordándome un crédito que hoy juzguen acaso no mereciera, pusieron a mi disposición la hospitalidad de la biblioteca.

Sevilla-Madrid.—Abril de 1925.

Učot. vj. di
uždĩ